

EL RESENTIMIENTO

(Crónicas de un rencoroso)

**según
Ivan Ferreyra)**

Prólogo

Este desangelado relato de autoficción con que hoy Ferreyra ingresa en las letras cordobesas da cuenta de un estado de situación del hombre contemporáneo, que, habitado por el desamparo, registra su entorno con una mezcla de asco y piedad, en un movimiento de atracción y rechazo que lo liga dialécticamente al espacio público, a la nocturnidad, a la miseria. En este sentido, la nouvelle parece suscribir aquella hipótesis de Weintraub según la cual la autobiografía adquiere caracteres propios cuando el hombre concientiza la comprensión histórica de su existencia, cuando se establece una cierta relación entre la vida de un sujeto empírico -con toda la singularidad que ello implica- y un cierto desarrollo social: interpretación retrospectiva de sí y del mundo llevada a cabo por el narrador, que articula el adentro y el afuera, las vivencias personales y los acontecimientos del contexto, diseñando el trayecto sinuoso de un antihéroe en agonía inacabable.

Estructurado en “vísceras” a la manera de capítulos, la historia avanza por los meandros de la mugre ciudadana mediante oraciones breves más propias del relato oral que del escrito, definiendo un estilo entrecortado y coloquial que dice itinerarios signados por la desesperanza, por el hastío, por la imposible narración de sí. A lo largo del texto, el narrador se interroga sobre su acontecer cotidiano consagrando el presente como una instancia privilegiada, ya que el pasado se le desdibuja y el futuro le resulta forcluido. Así, la pequeña anécdota diaria y ciudadana, el registro de la rutina del trabajo y el relato de los deambulares nocturnos intentan legitimar una existencia sin horizontes, sin proyectos, sin afectos: se trata de una voz que -erguida desde el nosotros colectivo- no sólo admite las limitaciones propias del sujeto empírico, sino que también denuncia los derrumbes ajenos, quizás como una manera de comunicarse con ese otro al que resulta difícil llegar y también como un medio por el cual el yo, escapado de la rutinización del sistema, busca a través de la dicción, el otorgamiento de sentido, en la doble acepción de significación y direccionalidad.

Aunque acosado por la recurrente y casi obsesiva tentación del suicidio, el enunciador procura -cada vez con menos ímpetu a medida que avanza el hilo narrativo- atribuirse un significado, otorgar a su existencia, a la existencia, algún sentido que la llene, alguna luz que justifique tanto dolor, tanta muerte, tanta inmisericordia. Los parias urbanos que constituyen su entorno, esos perdedores que refiere, son unos próximos prójimos a los que “les pesa la cara”; y aparecen dichos ya como sujetos individuales, ya como masa informe que se desplaza en medio de un “ladrido del tráfico que me cuelga por todos lados”. La fragmentada historia del Polo -alter ego del dador del relato-, los tiempos compartidos con otros borders, la afiebrada relación con Verónica, los episodios del cuajo, de los cementerios y del hospital, las referencias al cibernetista y a la Mechita, los recuerdos de Canals, los personajes callejeros, son algunos de los nudos de la acción y descripción que dan cuenta de un cuadro sin salida en el que el locutor y enunciador -quien escribe y quien narra-, parecen confundirse. “Me quieren vaciar. Voy a resistir. No los voy a dejar”, anuncia. Es que en esos cuerpos escritos por el desaliento, es imposible escapar a la tiniebla, a “la fábrica de pobres” -como dijo Verbitsky-, al callejón sin salida que agrisa posibilidades y clausura alternativas, no dejando a los semimarginales, a los excluidos, a los periféricos, sino los caminos del alcohol, la droga o el sexo como los únicos paraísos efímeros asequibles.

En este escenario de malestar generalizado y abatimiento sostenido, de desertificación social y vacuidad cósmica, resulta evidente la huella de consumos literarios tales como Cioran y Bukowsky; clara, la impronta filoexistencialista recibida tal vez por medio de la literatura y del cine de la línea de Camus, Faulkner y Pasolini; posible, el homenaje a Macbeth de Shakespeare por su planteo de la vida como anti-historia, vacía de significación; probables, las remisiones a textos de Onetti, Nestor Sánchez, Carver, Forn y otros narradores contemporáneos que en materia de climas, personajes y universos de sentidos tal vez hayan alimentado El resentimiento.

La sordidez y la nostalgia de lo que pudo haber sido, la indagación del cotidiano y el afán de alguna certeza que se discursivan en el texto, nos reenvían a Walter Benjamín: “Nunca dormí en la calle. Los que, por pobreza o por vicio, viven en la ciudad como si fuera un paisaje por el que

derivan desde el anochecer a la salida del sol, únicamente ellos conocen la ciudad de un modo que me está vedado.”

Gloria Borioli

“La bomba podía matar gente, pero al final el pueblo destruiría la bomba. Sería entonces cuando ésta se convertiría en un tigre de papel”. (Mao Tse Tung)

“Acordarás que bajo vuestros culos están afilando los dientes que les quedan, y tiene hambre, mucho hambre...”. (La Polla Réconds)

Este libro está dedicado a todas las personas que me hicieron perder el tiempo, a todos los que me rompieron las pelotas de una u otra forma, a todos los muertos significantes y a todos los vivos insignificantes.

A todos los perdedores y a los que bebieron más de una hora conmigo.

Y sobre todo porque uno no quiere ganar siempre, pero tampoco perder siempre.

A mis tres mujeres, Dora, Miriam y Pola.

No se debería decir que una mujer es fea,
sin antes verle los pies,
verla parada,
caminar.
Y sobre todo con un traje de azafata.

PRIMERA VISCERA

Es un gordo igual que vos, nada más que tiene las tripas podridas.

La última vez que me sentí mal creo que tenía cinco o seis años. Me levanté de la cama y no sentía las piernas, estaba parálítico, pensé que no iba a caminar nunca más, después caí desmayado.

Era una enfermedad en el cerebelo, Cerebelitis, los médicos dijeron que jamás volvería a ser el mismo.

Cerebelitis, dicen que se produce después de haber tenido varicela.

Pensaban que iba a ser una persona con algunas dificultades psicomotrices. Con el tiempo esa teoría quedaría atrás ya que no tuve ninguna dificultad para hacer algo, ni siquiera para correr.

La secuela es la extraña concepción de mis sueños.

Una introspección casera me lleva hasta lugares que ni yo llegué a imaginar.

Me encontré caminando en una zona alejada de la ciudad, con baldíos llenos de basura, rodeados de fábricas abandonadas, con olor a pobreza, ese aroma a humedad con mierda.

Parado en una esquina haciendo no sé que, una lámpara traspasaba suavemente mi cuerpo, la oscuridad se escondía tras la basura, no sabía que hacía ahí, lo único es que estaba, ahí, y lo sentía en mi transpiración.

Me hacía demasiadas preguntas, y no trataba de buscar una salida. Sentía una especie de miedo, como ese que da la soledad, pensaba en zafar de allí. Nunca había estado antes en ese lugar .

El silencio que me aturdiría los oídos me resultaba conocido.

Siento una frenada impresionante atrás, me doy vuelta sobresaltado para ver que sucedía, y me subo rápido al auto, era un taxi con un tipo raro que lo manejaba, pero no más raro que el lugar.

Me pide el dinero y me pregunta a dónde voy, le pregunto por qué me cobra antes, me dice que maneja muy rápido y esa es su política y que no la discuta. Yo quería zafar, le hice caso.

No hablamos en todo el viaje, iba escuchando una radio religiosa, a veces decía amén.

Cuando me bajé, no sé a donde, me persigné y lo saludé.

Siento mucho dolor de cabeza y un ruido insoportable. Está sonando el despertador para ir a laburar: deduzco que me había emborrachado, por el dolor y por el desorden alrededor de la cama, y la radio estaba escupiendo un padre nuestro insufrible. Me trato de cambiar, voy a cagar, cambio la radio, me mojo la cabeza y arranco a la mierda donde trabajo, a ver las caras que no quiero ver.

Salgo del departamento y la puerta del ascensor ya me demostró que me puede provocar con su ruido.

Lo saludo al encargado Joaquín que me presume con su nueva dentadura, le digo que no vaya a morder a nadie. Que espere a Navidad para comer turrón. Se ríe y me voy.

En el camino al trabajo debo pasar por varias iglesias y peatonales, es pleno centro de la ciudad.

La cabeza me da vueltas, pienso vagamente en lo que soñé, me doy cuenta de que hay un mensaje a través de ese sueño.

Llego al laburo, está el gordo de siempre, el que ocupa demasiado espacio. Una arcada me empieza a hacer cosquillas en la garganta.

Me siento frente a una computadora sólo a esperar que pasen cuatro horas y volver a dormir, realmente lo necesito. Atiendo a un par de personas, casi sin mirarles la cara, ya ni los miro; después esas caras me atormentan en los sueños y los veo en las calles y siento que los conozco, en realidad son sólo imágenes.

Siento los pasos de alguien que arrastra los pies para caminar. Me duele la cabeza, demasiado, me tomé unos jugos de naranjas exprimidas que son lo mejor para combatir la resaca y estaba mejorando.

Los pasos llegaron hasta donde estaba, era una cara manchada con lunares, con una dentadura que hablaba y quería salir a acompañar las palabras hasta el receptor.

La arcada se hizo presente.

Me hablaba de un nieto que quería un carnet de socio de Talleres, que era discapacitado y le traía buena suerte al club, estaba postrado en una cama en un hospital.

Los dientes me apuntaban directamente al hígado, seguía diciendo cosas, yo quería que se fuera, no lo soportaba más. “Él quiere acariciar el carnet, nada más, está tirado en la cama”. Le expliqué que estaba todo bien, que se quedara tranquilo. Y seguía...

En un momento dice: “es un gordo igual que vos, nada más que tiene las tripas podridas”, y se fue.

Es posible que yo también. Sólo me hace falta la cama.

Mi hermano me trajo música, es muy oscura, es la banda sonora de una película sureña de Billy Bob Thornton. Recién llegué del laburo, fumé un par de secas de un porro viejo, las paredes se achicaron, ya no tengo ganas de salir. Me siento bien escribiendo, hoy vi demasiadas caras, todavía siento sus voces en mi cuerpo, ya no lo soporto más.

Pienso que antes me costaba hablar con la gente, ahora es lo mejor que hago, pero no lo disfruto, me siento hipócrita, hasta roza lo adulator.

Hace un mes más o menos que no sé nada de Verónica, la extraño. Tengo pesadillas terribles, que está con otros hombres. Me levanto sobresaltado, todo transpirado y con erecciones muy fuertes, que deben descargarse enseguida. Gran parte se debe seguramente a mi ciclotimia, que no se puede mejorar.

Una vez un psiquiatra bastante caro que me recomendó el marido de mi vieja, me dijo: "Ferreira, júntese con gente como usted, no hace falta cambiar". Yo le dije que la ironía me alejaba de la gente.

Era un viejo que miraba el reloj a cada rato, no le di demasiada importancia.

Sigo escribiendo y la hoja en blanco no me atormenta. Creo que me siento cómodo.

Estamos en la mitad del dos mil dos, nunca pensé en llegar hasta acá, o si llegaba que no iba a tener más granos, que sería bombero, que tendría mi vida resuelta, con esposa e hijos. Pensaba pelotudeces, me sentía libre así.

Siento a los hijos tan molestos como cargar con agua las cubeteras, como levantarse de la cama para ir a trabajar cuando uno desea seguir durmiendo.

Pienso en algo romántico como dejar embarazada a una mujer y suicidarme, y que ella después le cuente cómo era el padre. Le dejaría música, películas y libros. Y un buen nombre, por ejemplo una letra, para que sea distinto ya cuando lo llamen. Por más que sea un idiota contento, siempre se va a distinguir.

El laburo me cambió la forma de cagar, antes lo hacía de tres a cinco veces por día, ahora estoy doce horas afuera y el organismo se acostumbró. El bidét es un placer, a mi vieja que era monja le habían prohibido el bidét, para que no se excitara.

Pienso en el sueño del taxista, pienso en un tipo de clase media que vivió en la dictadura.

Cae un tipo que parece que tuviera ganas de reptar. Para generar más lástima, se acerca y me dice que vende unas golosinas, que todo lo hace para dejar la droga, y le digo: "si querés dejarla, déjamela a mí".

Tengo que escribir la novela, ese tipo al que torturaron, que lo único que hacía era laburar, tengo que escribir; si fuera tan fácil.

Me acuerdo que una vez él Enano me contó que había disfrutado con la muerte de un chico, era de su pueblo, La Carlota. Decía que los padres eran hermosos, dos chicos de buena cuna, los más lindos y populares. Salían a todos lados con su hijo, más hermoso que ellos; la gente se detenía a verlo. Una vez una prostituta muy fea le regaló un helado, y murió a los dos años.

Murió electrocutado o atragantado con un turrón.

El disfruta con eso.

Yo sigo escribiendo, quiero arrancar.

"El Polo salió de su casa como todos los días para ir a la cancha de Racing, donde trabaja como canchero desde hace unos quince años. Hace frío, pero el laburo es piola.

Debe mantener el suelo limpio, cuidar que no salgan gramíneas, es un jardinero al por mayor.

El inconveniente mayor lo tenía a la hora de cobrar el sueldo, pasaba meses sin hacerlo. La casa era de su tía, así que no pagaba alquiler, pero las cuentas del almacén rozaban con la vergüenza."

Estoy escribiendo de alguien que no conocí y le incorporo detalles y rasgos de personas que conozco, de todos modos, dejo el cuaderno. Después seguiré con el Polo.

Estaba viendo un programa de entretenimientos del formato clásico, un conductor y gente gritando, aplaudiendo por todos lados, con muchas sonrisas, por supuesto. Si hay algo que odio de estos programas, es que cada vez que llama alguien por teléfono, sea de donde sea aplauden y gritan: "bravo, bravo". "soy de Junín, bravo; soy de acá a la vuelta, bravo, soy de la villa del culo del mundo, bravo". Insoportablemente acartonado y patético.

Fumo y el humo me invita a seguir escribiendo, pienso en qué mierda voy a hacer de mi vida, estoy cansado, ya no soporto a la gente, quiero estar solo; creo estar en condiciones de suicidarme, pero siempre se cruza algo.

Como una cucaracha. Veo la calle y veo un rayo de luz que están pariendo las luces de los autos con los semáforos, y me escupen su acabada de sombras.

Voy a postergar mi muerte por un tiempo, pienso escribir, así no tengo que matarme.

En todos lados por donde voy, hay muerte chorreando de las ropas de la gente, hay sangre, hay olor, mucho olor; una ciudad inmersa en un sistema de agresión, robos, corrupción, los nadie resistiendo.

Un coro de alaridos y llantos sonando en los primeros puestos de los rankings de la policía.

Los grandes hijos de puta que apañan a todos los equivocados. Nunca hablo con policías, en mi trabajo debo hacerlo a veces, los esquivo y cuando puedo los ignoro hasta el insomnio.

Estamos en agosto y hace un calor insoportable. Hace tres días que no tomo nada.

Estoy entrando al departamento, me cruzo con las vecinas, me llenan de su olor a derrotas, me tienen miedo. Si les amagara con un grito se mearían del susto. Me distancié una vez que una me habló de respeto, después me acusó de haber cagado en uno de los palieres, después me mandó una notita. Una mañana me levanto al baño a vomitar, con una resaca terrible y veo una nota debajo de la puerta, que decía: “Ivan, a las dos de la madrugada cerraste la puerta fuerte y me despertaste, te ruego no vuelva a pasar si no voy a tener que informar a la administración”.

En realidad, la puerta se había cerrado fuerte porque no sé a quién saqué de los pelos, y cerró la puerta del ascensor con mucha bronca.

Así que le redacté una nota de respuesta, que decía más o menos así: “le pido perdón por el dios Eolo que hace que el viento cierre fuerte su puerta y le interrumpa sus bellos sueños. Le pido perdón por el ruido que hacen las puertas cuando uno las cierra. Le pido perdón por vivir al lado de usted y tener que ver gente, y por último, quisiera disculparme por existir”.

Nunca más me molestó por nada. Una vieja con la cara gastada de maquillaje.

Está por llegar la tormenta de Santa Rosa, tengo el calor colgando de la espalda.

“El Polo llega a la cancha y todo se acomoda en su lugar, sabe que debe marcar las líneas de las áreas y el límite del campo de juego, hace años que lo viene haciendo. A veces cambia de estilos, las líneas rectas van variando, según cábalas, estados de ánimo o alguna resaca reinante.

Siempre parece que va a ser la última vez que lo haga. Las rectas son tan efímeras, nadie las reconoce, el verde del campo las succiona.

Hace poco murió su tía, se quedó con la negra, su compañera, la que lo coge como ninguna, la que le pega con un palo cada vez que se chupa, la que le lava la ropa, la que lo ama a su manera. El Polo traza su dolor en esas líneas, la cancha lo mira con ganas de preguntarle qué le pasa, de alentarle. Su brocha no es la caricia de siempre, tiene ganas de no hacerlo más. Piensa en que le ofrecieron laburo en un quilombo, estaría con putas hermosas, mucho alcohol y nadie sería su jefe.

Hace meses que no cobra, le están haciendo olvidar su orgullo, le hicieron mendigar para el entierro de su tía, ya era demasiado.

Hay códigos que estaban rompiendo.

Su tía había estado con él desde bebé, su mamá se fue, no lo quería, decía que no le gustaba físicamente, que no era parecido a ella, y lo abandonó junto con su hermana. El padre nunca se supo quién fue. De la madre no supo más nada, pensaba que aparentemente estaba muerta. Lo había dejado a los tres años.

El sabía que su tía estaba muy enferma, y no soportaría mucho tiempo más, la negra la cuidaba, pero ya no quería vivir más, y ese día llegó.

El estaba preparado, pero andaba sin un peso. Fue al club y todos le dieron la espalda, no tenía donde enterrarla. Juan Pablo, el hermano de Pepe, un compañero de trabajo, trabaja en el cementerio de San Vicente, así que le consiguió un lugar provisorio hasta que consiguiera unos pesos.

Cinco o seis personas despidieron el cadáver de la tía junto al Polo.

Terminó por fin esas líneas que lo atormentaron como nunca, y se fue a tomar un vino. Sería un día largo.

Una camioneta Chevrolet se estaciona al frente de la cancha, un gordo con unas chuecas estilo paréntesis lo saluda, “hola, Polo”, era el pelado Mario, que venía a visitarlo como todas las mañanas. Era fletero y trabajaba con elementos por izquierda, esos de nombre ajeno, pero le sacaba una sonrisa. Andaba cantando por todos lados, “Mina que fue, en otro tiempo, la más papa milonguera...”, si con ese verso parecía que describiera su vida, buen bebedor, la pareja ideal del Polo”.

Hoy no fui a trabajar, las cosas no están bien, me siento cansado, me acosté a dormir y tuve un sueño bastante agotador. Me veía inmerso en fiestas raves con disc jockeys empastillados y todos saltando, bebiendo y drogándose, inmersos en un pueblo fantasma con miles de calles, y yo tratando de socializarme. Me levanté con mucho dolor de cabeza.

Cada vez que me empieza a doler, pienso en matarme, no quiero soportar más dolores de ningún tipo, ya es suficiente, la cabeza se me va a los cementerios.

Estuve en el cementerio de la Recoleta, en Buenos Aires. Apenas entramos, al costado, había unos doce a trece gatos, gordos, con la cara ancha; me imaginé que debían de comer todo tipo de cadáveres, les digo a mis hermanos que yo no entraba. Pachi, mi hermano menor, me dice que soy la momia, por el miedo a los gatos.

Les tengo mucha fobia, así que me animé y pasé, estaban por todos lados. Me estoy preguntando para qué sirven los cementerios, arquitectónicamente son excelentes, grandes letrinas con demasiado olor, que guardan durante años pedazos de madera con nada adentro, cuerpos que se descomponen para inundar de fragancias atormentadoras.

He visto tumbas de muertos de 1880 hasta ahora, con flores de todo tipo. Este es un lugar turístico, por la dimensión de los nombres que lo habitan, pero no deja de ser una muerte anónima.

Después, en varios cementerios vería lo mismo, prefiero que me metan en una multiprocesadora, que me corten en pedacitos y les regalen una picada a alguna tribu caníbal del Amazonas.

Sería un buen final para esta masa de carne.

Salí de laburar, como todos los sábados, con la alegría de no volver hasta el lunes. Nos fuimos con un compañero de trabajo y Pachi, al “Palacio de la empanada”, un bodegón del centro. Pedimos unas milanesas y unos vinos, tomamos mientras hablábamos. Un borracho de la mesa de enfrente ve mi escudo del club. Justo en la tele estaban pasando “El aguante”, un programa dedicado a los hinchas de fútbol, y hablaba un viejo vitalicio de Talleres. Lo estábamos escuchando y él grita desde atrás: “ese viejo tiene una hernia”, y así era. Se acerca, le sirvo un vino y cuenta: “ese viejo, cuando fuimos a Salta, la cana nos revisó de arriba a abajo, cuando lo palpan al viejo, el cana le toca la hernia y le pregunta ¿qué llevás ahí? el viejo le dice: “bombas de estruendo, la concha de tu madre”.

Y así arrancó el Jetón, el chofer de los viajes de los barras bravas de la ciudad.

Tomamos más vino, el Jetón siguió hablando, contaba que en un viaje con la hinchada de los piratas, iban a Buenos Aires, pararon en una parrillada; es sabido que en el viaje arrasan con todo lo que pueden, y salen disparando de la parrillada y se suben al colectivo. “Dale, metéle pata, Jetón”, le dice el jefe. Venía por atrás el dueño de la parrilla gritando que le habían afanado una bandeja de pollo. La bandeja no estaba en ningún lado.

El colectivo arrancó y fue agarrando velocidad, a los diez kilómetros lo hicieron parar. Se bajan y lo bajan a un rengo del techo del micro que iba acostado con la bandeja de pollo.

Había una puta gorda en el bar que me presumía. Valía dos o tres vinos más.

Ya me había cansado un poco, así que me fui.

Quería estar con una puta. Con mi Verónica.

Todas las pieles no son iguales, son sucias, con cicatrices, manchadas, tatuadas con olores desgastantes, lastimadas, pero cuando una mujer acaricia, el portador de cualquier dermis se olvida de lo que tiene y se siente en otro lugar, aunque sea un instante.

En la cola la gente no piensa en eso, quizás después vendrán las caricias, cuando lleguen a casa.

Están esperando que el frigorífico les dé el cuajo diario, la última de las cuatro cavidades del estómago de los rumiantes, algo que nadie come, que se tira; para ellos es la carne.

Hay una cámara de televisión, un elemento hace preguntas, hay dignidad, respeto, tristeza y hasta insultos a los políticos. Alguien dice: “hace como un año que no como carne”, “este es el plato que le ofrecen a sus hijos”, vocifera Juan Castro.

En la tele todo parece más trágico. Dura un minuto la imagen, y después el fundido en negro que refleja el final, y después un mundo al que nadie pertenece. Ese al que nadie le falta nada. Me imagino y me alegra que ocurra, que en algún momento alguien en la cola debe estar soñando no estar ahí.

El otro día venía caminando por la General Paz, mirando la gente, cada vez más fea, con sus caras que le pesan demasiado. En la calle en medio de todos los autos, veo un caballo flaco, marcado a latigazos, en su espalda llevaba un carro de cuatro ruedas con bolsas de arpilleras llenas de papel, y arriba acostado, un croto, como en un gran sommier. Los autos, colectivos, lo insultaban con sus bocinas y aceleradores; yo pensé; en algún momento se debe olvidar del entorno y debe mirar las estrellas, y en su bello sommier debe soñar que alguna vez este mundo será hermoso.

El gordo que ocupa demasiado espacio, asiente con una de sus frases hechas, “todo el mundo come cuajo”. Sí gordo, tenés razón, menos mal que no te comen a vos.

El suicidio se acerca caminando, esquivando las sombras, chocándose los muebles. La ceguera le impide seguir. Pero esta ahí, respirando, lo puedo sentir. Me atormenta. Es la criatura, mi criatura.

Las caras me siguen persiguiendo, me atraviesan el cuerpo. No siento nada, quiero que acaben.

Ya estoy harto de mirarme en el espejo y no encontrar más que resacas de ojeras, sólo un gesto.

La criatura domina mi mente, tiene el poder de mis ideas. Pero ella sufre de paranoia, de que yo la siga.

Es igual que yo, le tiene miedo a los gatos, sueña su muerte.

Nos siguen meando de arriba y nos hacen creer que está lloviendo.

Como dice la Mecha, ese personaje de la noche, “nos corre yoghurt por las venas”, Nadie reacciona.

Así no sirve la excepción, casi treinta años al pedo, con la pistola cada vez más cerca de la sien.

Siempre en el lugar equivocado.

Un documental sin final, bastante aburrido, con manchas de colores.

¿A quién le interesa la vida del otro? ¿Quién sabe demasiado para soportar esto?

Me atormenta el tiempo, este segundo que pasa y no vuelve más. Si tomás conciencia de eso no tiene sentido nada. Es una cuenta regresiva, hacia la caída de los dientes, las uñas duras, verdosas, encarnadas y callosas, las manchas en la piel, no tiene sentido llegar a eso.

Antes que víctimas, hay que ser sobrevivientes.

Dos chicos de Estados Unidos, uno de doce y el otro de trece, mataron a su padre con un bate de béisbol. Uno declaraba que había tenido la idea, el otro que le había pegado hasta matarlo. Parecía que el padre se los cogía y los golpeaba demasiado. Veía la perfección de sus caras, sus ojos simétricos, con ese brillo asesino.

De algo estoy seguro, que el padre no les pegará más.

Basta de escribir, basta de vivir.

La criatura quiere que siga escribiendo. Sino que apriete el gatillo.

Soy un culo flaco caminando, que nadie lo mira, nadie lo quiere tocar y chorrea mierda por todos lados. Nadie es feliz.

El principio de placer me fue mutilado.

La cara de un socio me atropella, me dice que en el último partido casi deja el hígado en la cancha. Yo casi lo dejo en el bar anoche.

Es probable que lo done a la ciencia, que lo abran y después se lo den de comer a un gato, y que muera envenenado.

Seguramente estoy presionado por la criatura suicida. Las manchas que me salieron en los pies, no las soporto, y es el principio de algo que va a ir creciendo; se va a ir cayendo el pelo, granos duros, sin dientes, no tiene sentido seguir respirando.

Mientras escribo esto, aparece un socio, al que debo sonreírle, ser amable.

Me pone de mal humor ser amable.

No quiero una tumba para engordar gusanos. Que me cremen, no quiero estar encerrado, por si hay dudas, que me rematen.

Me siguen interrumpiendo y debo ser amable de nuevo, de lejos se escucha una discusión, estoy en un escritorio, con una computadora apagada esperando que pase el tiempo, mi tiempo, el de ellos, ¿el tiempo de quién?

Ya queda poco. Estoy solo. Estoy bien.

Por la garganta me corre algo parecido al asco.

Estoy parado al lado de la ventana, enfrente de mí hay una plaza, del otro lado algunos negocios en una peatonal. Hago un paneo general y me detengo en una hermosa flaquita que está tomando un helado, la observo como saca el chocolate con una cucharita y se lo mete a la boca, sin siquiera respirar le pasa la lengua, después lo chupa, que felattio impresionante. Un espectáculo celestial. La lamo con la mirada.

Enseguida se me viene a la cabeza, su imagen, está conmigo levantándose a la mañana, la imagino sentada conmigo en una mesa, bebiendo, la veo prender un cigarrillo, la veo hacer figuras con el humo, agarra un pedazo de pollo con las manos y después me pasa la lengua por el cuello y me sonrío.

Me cuenta algo sobre una película que deberíamos ver, siento que me ama.

Termino de tomar el helado, se levanta y sale caminando como una cortesana.

Alguna que otra cara me interrumpe nuevamente, para tener que volver a esta realidad que no me merezco, pareciera que alguien obra para que esto suceda.

En la calle ves algunas caras que son dignas de mi admiración, los ves con la cabeza gacha, con la vista perdida en algún punto del espacio que te gustaría conocer, con esa enajenación que produce el que no te importe nada. Esa gente es necesaria.

Las mujeres que conocí me recorren la piel, las que no lamí, penetré, dormí, comí.

A las que les hubiera hablado de los colores que adquieren los semáforos de noche, de lo maduro que soy, del cine del Dogma '95, de que en Ghana inventaron un sistema para la recolección de basura, que no creo en tener hijos, que soy un hombre sin importancia colectiva, exactamente un individuo.

Seguramente habrán cambiado mucho, pero qué importa, yo también lo he hecho. Ese tiempo me gustaba.

Estaba horas y horas charlando en una esquina, hablando de nada, logrando clímax de intimidad realmente memorables, con personas anónimas, eso es lo más importante. Alimentándome con sus historias, triunfos, derrotas.

Estoy gordo de historias.

Esas esquinas oscuras, con gente que pasaba de vez en cuando para darte un marco de referencia, marcaron unas partes intolerantes de mi discurso de este momento.

Pienso demasiado.

La música barroca rasguña mis oídos, me transporta a lugares muy tranquilos, a pesar del ladrido del tráfico que me cuelga por todos lados, logro separarme por un segundo y ser feliz.

“El Polo abre los ojos, se siente relajado, como si nunca se hubiera cansado, se sorprende levemente, generalmente se siente muy cansado, con dolor de cabeza, casi no soporta el dolor y no le gusta mirar a los costados. No le gusta ver ese maquillaje que tienen las personas cuando se levantan de dormir. Ahora era todo distinto, a su lado había dos mujeres hermosas, dormían plácidamente, desnudas, en una cama grande con sábanas de seda, rodeado de alfombras persas, con aromas muy agradables; se toca la pija, la siente limpia, se quiere imaginar qué pasó, no puede, jamás lo había pensado.

A lo lejos lo ve al pelado, un sentimiento parecido a la alegría lo invade. “tengo a quién contarle”, exclama. El pelado roncaba como si quisiera aturdir a un caño de escape.

A su lado de la cama observa que hay varias copas, ejercita un movimiento digno de un ladrón de cajas fuertes de una película de Hollywood. Para no despertarlas, llega a la copa, le mete un trago propio de la sed, y es el vino más hermoso que probó en su puta vida. No se permite pensar en nada más que no le dé placer, por un momento buscó un televisor en la habitación, comprendió que no hacía falta, que no necesitaba evadirse de nada, que todo lo que hacía falta estaba en esa habitación, lo que siempre había soñado.”

Su cuerpo estaba siendo abordado por esa sensación que da el mareo en la calesita, le corría desde los pies hasta abarcar todo el cuerpo, cuando siente que le están pegando cachetadas, muy fuertes. Hay gritos: “hijo de puta, te volviste a chupar”, el sueño había acabado.

Se acordó del sueño, se levantó a trabajar.”

Pienso demasiado, consumo demasiada basura.

Una vez pasé la Navidad con el Sueño, un amigo judío y sus dos hermanos. Estábamos escuchando música fuerte en una casa del Cerro.

Eran como las dos y media de la mañana.

Tocan el timbre. Era una vieja que se quejaba del ruido. El Sueño le contesta, “mire señora sabrá disculpar el ruido, lo que pasa es que mi mamá se quedó electrocutada al equipo, y justo se quedó pegada al botón del volumen”. La vieja agachó la cabeza y se fue.

Ese es su humor. Su mujer una vez lo encontró fumando marihuana en la pieza, y le hizo un escándalo. El le dijo, “No rompas las bolas, tampoco me encontraste cogiéndome al perro”.

Con respecto al porro, un día su mamá se lo cuestionó, le dijo que por qué él no le contaba esas cosas. La madre tiene unos setenta años. El amablemente le dijo: “eso es parte de mi intimidad, yo no te pregunto que posiciones sexuales hacés”.

El responde con las vísceras.

“No puede dejar de pensar en el sueño, nunca le había pasado algo parecido. Una vez sonó que lo conocía a su viejo, que lo llevaba a la cancha, que le compraba una gaseosa, y le decía que esperaba muchas cosas de él. De todas formas no era tan lindo, ya que su viejo lo abandonó cuando el nació. El siempre dice que fue una mala noche de su mamá. La resaca que tenía se veía perfumada con la sensación que permanecía del sueño, algo nuevo, ni siquiera en alguna película había visto lo de su sueño. A, él le gustaban las de guerra. Ahí los soldados no sueñan. No conoce la introspección, nunca escuchó hablar de Freud. Sólo quería verlo al pelado, se escucha de lejos la Chevrolet, estaciona al frente de la cancha, se escucha una voz que gime, “mina que fue la más papa milonguera”, no era otro que el pelado. Se acerca como todas las mañanas y le dice: “¿cómo anda Polo?”, y el Polo retrocediendo, contesta, “bien, cómo voy andar”, y se va para los vestuarios con la perra lamiéndole el dolor de cabeza. El pelado lo miró nomás.

Después le contaría el sueño, una noche que se chuparon todo. En ese momento no pudo, era muy largo para el dolor de cabeza que tenía.

Escribo para no suicidarme. Escribo porque debo escribir.

Llego del laburo, conseguí algo para fumar, pongo una botella de agua al lado de la cama, me tiro con el ventilador apuntándome a los huevos, prendo la tele, veo un programa de cine nacional, después me engancho con una película que creo que se llamaba “El gran juego”, en la que estaban por jugar una final de fútbol, empatan el partido y van a penales. Todos se ofrecen a patear, los directores técnicos, que eran una mujer y una especie de sheriff, los incentivan. Cuando termina la elección, el arquero, un gordo de nombre Larry con un buzo amarillo, y las piernas en forma de “v” invertida, dice: “¿ya tienen arquero?, ustedes ya saben mi problema, veo a los pateadores como monstruos”, y la mujer le dice: “metete en tu propia pesadilla” y el gordo sale caminando con su culo fruncido y con el número cero en la espalda. De más está decir que el gordo atajó los penales y que ganaron. Y yo me lloré todo, gracias a esa patética película descargué un poco de tensiones. Después seguí con Los Simpsons. Quería rescatar una escena que me flasheó, iba Lenny el compañero de trabajo de Homero por una autopista a toda velocidad y dice; “me encanta la libertad y la velocidad, si sólo tuviera a donde ir”. El perdedor de Lenny.

El gordo perdedor.

El que está solo escribiendo esto.

Tocan el portero, era la Verónica que venía a invadir mi privacidad, generalmente me llamaba antes de venir, ahora me caía de sorpresa. Se acuesta al lado mío y me empieza a contar que en su trabajo las cosas no iban bien, que su hermana se había tomado dos tabletas de pastillas anticonceptivas para matarse, que su papá la engañaba a la madre con la secretaria, yo escuchaba, pero no la oía. Después me dice que una amiga que había ido a un curso de autoestima con filósofos, la había elegido como su referente, para el cual existía una especie de colación, y no quería ir. Mala elección de la amiga.

Le agarro la mano y se la llevo a que me la toque un poco, reacciona violentamente diciéndome que no le doy atención, que nunca la escucho, le digo “calmáte un poco, metétela en la boca un ratito”, me empieza a insultar con mucha bronca, se levanta de la cama bruscamente y ya la ignoro por completo. Ante la impotencia se acerca y me pega una patada en los huevos; salté de la cama, la agarré del cuello y la tiré afuera del departamento.

Me hice una paja, y me acosté con el ventilador apuntándome a los huevos.
El pobre tipo seguía resistiendo.

Variaciones de un noticiero en mute

Sigue el penar de los usuarios. Las líneas E6 y E7 no funcionan.
Otro bancario preso.
Mario Gaitas, asesor legal de la municipalidad.
Los nenes con los nenes. Nueva tendencia en la playa.
Otra vez con lo del tío. Detienen a una pareja en el centro.
El clero ortodoxo de Chipre, dice que Harry Potter ofrece una mala influencia en los chicos.
El ántrax curaría el cáncer. Antes malo, ahora bueno.

Se fue gestando en mi cabeza la idea de matarla. Un asesinato que sea memorable y efectivo.
Pensé en descuartizarla, le pegaría un golpe en la cabeza, la dejaría inconsciente, y después la trozaría, cabeza, brazos, piernas, no la odio tanto para soportar eso, aparte cuando viera sus pies no lo soportaría. Tengo debilidad por los pies de las mujeres, y los de la Verónica me gustaban. Yo quería un amor y no una actriz.
La cabeza seguía, disecar las partes en una bañadera con cal, sacaría las partes poco a poco para que nadie sospeche.
Matarla de un tiro no tiene sentido, quiero un sufrimiento más duradero, ver ese umbral donde se va apagando esa vida, que vea en sus ojos el final, que después de eso no hay más nada.
Me excita tanto verla llorar, siempre me pasó con todas las mujeres que tuve, no lo puedo evitar. Una vez una mina con la que salía, y que me gustaba mucho, empezó con algunos jueguitos histéricos, así que la tuve encerrada en mi casa como cinco horas. Yo hacía mi vida y la ignoraba por completo, le decía que después de eso ella no iba a jugar más con nadie.
Al rato empezó a llorar desconsoladamente, lo cual me conmovió y excitó. Vimos una película juntos y cogimos toda la noche. Nunca más me volvió a hablar. Me odiaba. Después habría otra oportunidad.
En el fondo le gustó. Una vez con su novio me saludó y me dijo por qué no la llamé para el cumpleaños.
¿Quién las entiende?
La Verónica es la única mujer que me pone de mal humor, agresivo. Tenemos códigos enfermos, después nos vemos y está todo bien.
Siempre tengo la sensación de que me miente.
Yo nunca le mentí, demasiado. Ella me tira las cartas y sabe todo de mí. Es psicóloga.
Creo que debería matarla. Pero me excita tanto...

Te espero en la esquina.
Te explico lo que es el miedo.

“El Polo quiere dejar todo listo, el partido es importante, quiere que su cábala no falle. Es viernes, un buen día para chuparse. El Pelado no vino todavía. En cualquier momento aparece para bendecir la cancha, él dice que tiene poderes, “Esta cancha está maldita,” vocifera a cada rato. Al costado de cada arco han enterrado a un par de jugadores, que su último deseo era que sus cenizas estuvieran en la cancha de Racing, y el pelado atribuye la mala racha a eso. A veces venían los familiares y estaban un rato en silencio al lado de unos arbolitos que eran las tumbas. El Polo ya tiene todo listo, se sirve otro vino más, en la cancha ya se fueron todos, siente el ruido de la Chevrolet del pelado, se baja cantando con la virgen en las manos, el Polo tiene ganas de reírsele, pero prefiere creer. El pelado le pide unos paquetes de sal y se sumerge en la oscuridad del campo de juego. Experimenta ademanes con los brazos, murmura, canta, es un verdadero curandero.
Vuelve todo transpirado, quejándose, “cada día me da más trabajo”.

El Polo lo esperaba con Pepe, otro de los muchachos que laburaba ahí, la carne estaba lista, había falda, con cinco cajas de vino tinto, con eso arrancaban. Le acercan un vaso, y el pelado grita; ¡Gracias Tatita, por no hacerme faltar el vino!. Los demás reían.

Pepe les dice a los otros; “Prepárense que esta noche tenemos velada”. Estaban todos secos, ¿Adónde iban a ir? Pero quién iba a decir algo, si faltaban las cinco cajas.

Estaban comiendo y cae el gordo Juan Pablo, hermano de Pepe y amigo de los otros, se engancha en la charla, estaban hablando de putas. El Polo contaba que había una tailandesa hermosa, junto con otras brasileñas en un quilombo. Agarró la bocha el gordo, “las brasileñas son terribles, te hacen de todo, son una cosa de locos” contaba entusiasmado. Todos lo escuchaban atentamente, parecía conocer mucho.

Ya la envidia y la curiosidad no pudo más, el Polo le pregunta, “¿vos dónde estuviste con una?” El gordo lo más tranquilo dice: “en ningún lado, yo las vi en la tele”; nadie podía parar de reírse.

Juan Pablo, el gordo, el hermano de Pepe, trabaja en un cementerio, siempre se queja de que no le alcanza. Camina por las tumbas como si lo hiciera en la luna, con su pala al lado, para no molestar a nadie, para no despertar a ningún muerto.

Por ahí se topa con algún entierro, y agacha la cabeza como pidiendo perdón.

Tiene un olor a muerte que lo adorna, cada vez que ríe grita, y cuenta sus historias con gran satisfacción. Los muchachos lo respetan.

En su casa tiene veinte perros, a los que alimenta con carne muerta.

Arranca los dientes con encías y pelos a los cadáveres, para venderlos a estudiantes de odontología por unos pesos.

Juan se chupa enseguida, los otros lo cargan. El pelado lo trata como a un hermano, lo abraza, se saca la dentadura postiza y la enjuaga en el vaso de Pepe que había ido al baño. El otro vuelve y le pega un trago; todos se ríen, el Pepe se ríe sin saber.

El Polo junto a la parrilla, flaco, con la cabeza blanca de canas, haciendo lo que mejor hace junto con marcar líneas.

El mundo se detiene.

Las cajas de vino barato, vino al fin, ilustran su mundo.

Sus caras van cambiando de color, se sonrojan y no es de vergüenza.

En ese momento es lo único que tienen para sobrevivir.

SEGUNDA VISCERA

Sin asco, siquiera.

Cuando salís a la mañana a laburar y hay mucha humedad, te cuesta respirar, sos un poco asmático, cualquier olor se potencia, el humo de cigarrillo te puede obligar a matar, sin titubear. El olor a frenos de los colectivos, el perfume barato de las mujeres, el exceso de desodorante de los resacosos. Y las transpiraciones resacas de ser recicladas.

¿Varían los olores todos los días?

Un gusto pastoso en la boca te domina, querés vomitar todo el tiempo.

Ves caras sin dientes, que se te acercan y te invaden con su mal aliento, de encías sucias, que querés suicidarte.

Ya es verano, la gente descubre sus pies, hay pies hermosos, pero la gran mayoría son horribles. Yo generalmente veo el dedo grande y la forma de la uña, si me gusta veo el resto del cuerpo.

Manchas, suciedad, olor.

Mi Verónica tiene unos pies alucinantes.

Llegás al laburo, y lo de siempre, desayunar, leer el diario, todos preocupados por lo que dice ¿Varían los clasificados todos los días?. Vivís leyendo el diario, no se atormentan de ver todos los días una fecha distinta, unos dígitos que significan que pasa el tiempo, que te queda menos vida.

Noticias que no tienen nada que ver con vos.

Fotos de muertos que no conocés ¿Te conmovés con desconocidos? ¿Esos nombres significan algo?.

Todos quieren estar, ¿para qué?.

¿Sintieron alguna vez miedo al abrirlo? ¿Querés verte en las necrológicas? ¿Querés verte?.

Si quiero.

El miedo a diario.

“El Pelado dice que es analfabeto, el otro gordo se jacta de haberse cogido a una brasileña por televisión, el Polo los mira, piensa en la tailandesa.

El Pelado muestra un billete marrón falso, el otro gordo cuenta que cavó tres tumbas, el flaco habla de los ojos verdes de la tailandesa.

El Pelado cuenta historias, el flaco ahora escucha, el otro gordo toma vino.

Todos tienen cosas en común.

De vez en cuando se tocan, se abrazan.

La masa adiposa habla, habla.

Todos escuchan.

Un perro se está cogiendo a una perra, y gritan demasiado.

La dueña del bar es muy fea, como la muerte de algo.

En la calle se escuchan voces, es la gente que no los entiende.”

Me levanté porque no soportaba más el dolor, no tenía posición, no había comido demasiado, ni tampoco tomado, la cuestión es que las hemorroides me estaban matando. Me metía el dedo y me lo olía, nada raro, ni sangre, pero era incómodo, tanto como que te miren demasiado.

Después pensé en ese matrimonio que mató a palos a su hija de tres años y violó a la otra de dos años. Eso duele más que una hemorroide.

El estar sólo ayuda a no preocuparse demasiado, uno se ocupa de seleccionar de qué quiere emocionarse, o si no lo marca el contexto, ya sea la radio o el televisor, o que bebas o fumes. También pensé en que me gustaba estar solo, sin hijos, sin mujer, sin amigos, sin familia, hablaba solo, comía lo que quería, cagaba con la puerta abierta, dormía lo que quería y sobre todo no tenía necesidad de escuchar cosas que no debía oír.

El problema de las mujeres es que hablan demasiado, y no en la medida que uno está preparado para escucharlas.

La luz encendida por miedo no sé a que, la lectura inagotable, el calor de la cama, el frío que me incrusta la soledad.

Pienso en qué será de las personas que conozco, es sólo un momento, escucho música y todo pasa. Pienso en gente que me quiere y me odia, pienso en los que piensan que soy lo que ellos quieren ser y digo lo equivocados que están, pienso en los que me cuestionan todo, pienso en lo equivocado que estoy en pensar eso, pienso que debo dejar de pensar, sino no voy a estar bien.

El milico que labura conmigo está todo el día chateando, junto al gordo que ocupa demasiado espacio, que me contaba que había hecho masturbar a una venezolana y ella le contaba por la computadora lo que había sentido.

Que día de mierda, sácate el diablo del culo.

Hace un calor récord dicen en la radio, eso me tranquiliza.

“La cabeza le duele mucho, debe levantarse, tiene que ir a trabajar, la Negra le pega patadas en los huevos, “¿Con quién estuviste, hijo de puta? “Te chupás todos los días, así no aguanto más, si sólo tuviera a donde ir...”.

El Polo, como lo hace desde que está con la negra, se levanta sin decir nada, se cambia, agarra su bicicleta de carrera naranja y sale para la cancha. No sabe lo que es lavarse la cara y los dientes, nunca desayuna en su casa, es mejor irse.

Se acuerda en el camino de una mujer que lo quería mucho, era una maestra, con ella se entendía, hablaban mucho, no tenía necesidad de chupar tanto, no hacía falta.

Hace veinte años que no la ve, pero tenía una sensación rara cada vez que pensaba en ella, sentía que necesitaba algo nuevo.

Llega a la cancha como siempre, él abre la puerta, deja su bici, pone la pava para tomar unos mates.

En cualquier momento llegaría el manco que lo tortura, es un jefe nuevo, y por lo tanto quiere imponer sus reglas, lo cual es difícil, ya que el Polo, tiene casi veinte años en el club; se conoce todas las mañas.

Cuando el otro llega se le acerca, ni lo saluda y le da las órdenes, “limpiá los baños y los vestuarios, después cortá el pasto de la cancha, para el mediodía tiene que estar listo”, se da media vuelta y se va a las oficinas.

El Polo sigue tomando mate, cuando se cansa, agarra la escoba y un balde, y enfila para los baños, están demasiado sucios. Es un trabajo del que todos reniegan, los baños no son para él.

La resaca le refriega el vómito por la garganta, él no debiera hacer eso, piensa “yo estoy en la cancha nada más”. Pero el manco quiere marcar su terreno, un terreno que no conoce.

El otro ayudante del Polo, el viejo Roberto, llega siempre tarde y está todo el día chupando vino blanco con gaseosa, se duerme en los rincones, nunca hace nada y el Polo reniega de eso. En cambio Pepe se rompe el culo laburando, justo hoy no había podido ir, ya que le habían entrado a robar en la casa.

Termina los baños y le va a hablar por teléfono a Pepe.

- ¿Hola Pepe?

- ¿Hola Polo, cómo le va?

- ¿Qué pasó que no viniste? ¿Te hizo mal el vino de anoche? No tomes más si te hace mal, no es para cagones esto.

- No, cállese, no sabe lo que me pasó.

- ¿Qué?

- Cuando volvía anoche de la cancha, me bajo del colectivo y encaro para la villa, rumbo a mi casa, cuando de atrás siento que me siguen dos chicos, no le doy mucha importancia, sigo caminando. Cuando estoy por llegar a mi casa me apuran, y uno me encañona de atrás y me encima junto a la puerta de mi casa. Mi señora, que me había visto venir por la ventana, estaba esperando atrás de la puerta. Así que cuando entró, mi mujer le pegó con el palo de amasar por la cabeza. Al choro se le cae la pistola y cae redondito, lo agarramos a patadas en el piso. Después agarre la pistola y lo cagué a tiros al otro, que salió disparando, no le pude dar.

- ¿Y ahora?

- Estoy con un cana que nos custodia a la noche, los hermanos de este hijo de puta andan cerca, así que creo que voy a vender la casa, me tengo que ir de acá.

- Bueno, cualquier cosa avisá.

Cuelga el teléfono y ahí está el manco, ¿Terminaste? El Polo agacha la cabeza para no putearlo y se va caminando despacio a tomarse un vino.

Está llegando el otro viejo, ni lo saluda.

Va a ser un día largo.”

Verónica me llama, dice que me quiere, que necesita tiempo, que la espere, a esta gente habría que matarla, realmente no merece vivir, ¿cómo podés pedir tiempo? ¿Quién te creés que sos? El tiempo, cada segundo, minuto, hora, tan efímeras, descartables, que nadie pueda manejar, cuando querés acordarte tenés sesenta años y seguís esperando.

Yo cada vez que voy a laburar, pienso que va ser el último día, que va a ocurrir algo extraordinario que va a evitar que no vaya más, o que no necesite ir.

Porque si un lunes pensás que te queda toda una semana, todo un mes o quizás todo un año, te volvés loco.

Y ahí está ella pidiendo tiempo.

Tendría que ser más violento, invitarla, decirle que respeto su tiempo, de hecho lo hago, y reventarla a patadas en el culo, por infeliz, y así al que pida tiempo.

Eso es algo que no se pide.

Pedir tiempo es desperdiciarlo, es morir poco a poco.

Todo el tiempo que me pide, yo lo uso para olvidarla. Para conocer a alguien.

Estaba con el Enano, buscábamos algo para picar, y teníamos sed. Salíamos del súper cuando me habla mi vieja por teléfono para avisarme que habían internado a Pachi, mi hermano. Me dice que vaya al hospital que lo estaban por operar, que debía firmar la autorización para abrirlo.

Me tomo un taxi y en el camino voy pensando. Siento que en gran parte mi pelea con familiares me había evitado por mucho tiempo el pasar por hospitales, después de la muerte de mi abuela.

Pero estamos hablando de mi hermano.

Estoy en el Hospital de Urgencias, un hábitat de víctimas de accidentes de tránsito, balas, peleas, un hospital público, por lo cual está decorado de afiches y pancartas de protesta.

Lo recorro hasta llegar a un puesto de vigilancia, con dos canas, los cuales me preguntan qué parentesco tengo con él; le digo que hermano. Me dan una bolsa negra con sus pertenencias y me dicen que hace media hora entró al quirófano.

Veo al frente y estaba la novia llorando desconsolada y sola, con miedo. Me acerco, me cuenta todo, sólo queda esperar. El médico le había dicho que era una úlcera que estaba perforada y que debían cerrarla; podía salir bien como mal.

El médico no se había guardado solemnidades. Esperamos, con lo que eso significa.

Empezó a llegar gente, banalidades de ocasión para pasar el tiempo, historias de operaciones similares, algo insoportable, y un desfile de accidentados que no paraba.

El médico se asoma y nos llama, nos dice que todo salió bien, que le lavaron el estómago, y le cosieron la úlcera, que deberá estar cinco días con suero, sin comer nada, un mes de dieta específica y un cuidado de por vida. Casi nada y que lo podíamos ver en un rato.

Estábamos en el Sector A, mirando a la nada, cuando de pronto pasa en una camilla, con suero, vendado y desnudo. Nunca pensé verlo así, él tan fuerte, tan lleno de vitalidad, tan saludable.

No pude parar de llorar, no creí que me iba a sentir así. Lo quiero mucho.

Después me acerqué a la cama, le agarré la mano y le dije que estábamos con él, que lo quería mucho. Me agarro la mano, la apreté, mis lágrimas lo deben haber asustado.

Está en una habitación de cuatro camas, al lado hay un viejo gordo cuidando a su hijo, con una tos que se parece a él. Se duda quién es él enfermo.

Está con una tele chiquita acumulando información por doquier. De vez en cuando le cambia un paño de agua fría que su hijo tiene en la cabeza, lo que me conmueve alevosamente.

Se recuesta en una reposera y se levanta a escupir en un pañuelo los resabios de la tos. Su hijo se quiso suicidar. Una noche se puso una pistola en la boca y disparó, con tal mala suerte para él que la bala le quedó en las cuerdas vocales. Está conviviendo con él desde hace un mes, seguramente sus familiares no la consideran mala a la suerte.

Enfrente hay dos hombres, uno semidesnudo, que ronca como para desafiar al silencio, el otro tapado hasta la cabeza con frazadas escuchando Radio Nacional en una radio invisible, se acuerda de por qué está ahí.

En los pasillos del hospital todos lo comentan, venía de una fiesta, iba a su casa a dormir. En una esquina del barrio había unos doce pendejos enfiestados, uno de ellos para molestarlo le tiró con una baldosa en la cabeza, lo cuál lo hizo caer desmayado, y estar esperando una operación que no llega nunca. Las operaciones programadas en los hospitales públicos se hacen desear burocráticamente.

Yo estoy con mi hermano, Curciento, observando lo que necesite Pachi. Nos transmite el dolor, con lo que significa. No podemos hacer nada, sólo pedirle que trate de dormir. Nos sentimos muy juntos.

La fragilidad de la enfermedad, los intentos vanos por solucionar algo que requiere tiempo.

El tiempo que piden las putas para pensar.

Durante la noche absorbés todo. Tengo la radio en los oídos. Mañana es el día de la madre, pasan todos temas relacionados con la fecha, patéticos, de mal gusto, asquerosamente cursis, y las madres llaman agradecidas. Observo los cuerpos, el silencio del dolor, de los ronquidos, un alarido me penetra y vuelve a la boca de los cuerpos.

El gritar para salir de ahí, y volverse a dormir sabiendo que es necesario estar ahí.

Un ataúd confortable.

Le estaba escribiendo un mail a un tipo que me llamaba muchísimo la atención, ahora estaba en España haciendo no sé qué, un ejemplar muy bizarro.

Un tipo que se masturbaba todo el día, lo justificaba porque no tenía novia. Dice que en su casa tenía problemas con su vieja, manchaba las sábanas con semen, lo cual le daba vergüenza, por la forma en que lo humillaba su madre. Una vez le pregunté si conocía un sex shop que había en una galería en el centro, me dijo que se había peleado con el dueño, ya que no le pudo devolver una película. El hecho era que su mamá lo había agarrado masturbándose en el living con la porno. Por lo cual la sacó de la vídeo y la destrozó.

Me contó que una vez no soportaba más y decidió dejar de hacerlo, estaba acostado en su cama como todas las noches, pensando, moviendo su cuerpo inquieto, rozándose en un juego de manos sin control. Se acarició un par de veces su órgano y decidió agarrársela con toda la fuerza, hasta manchar nuevamente las sábanas.

Un tipo muy violento, creo sin fallar que todos los días se cagaba a trompadas con alguien, por cualquier cosa. En término de segundos se encontraba inmerso en una pelea.

Convulsionada vida familiar, la hermana una histérica hermosa; la madre, patética y el padre un piloto de avión con miedo a las nubes.

Termino de escribir el mail, y me voy a dormir un rato, ya no sé lo que eso significa.

Sigo siendo un tipo muy tosco, me cuesta comunicarme, me reclaman amabilidad todo el tiempo, no puedo.

Verónica cada vez que se enoja me pide todo, plata, compactos, ropa, me quiere lastimar. Hace rato que ya nadie puede lastimarme demasiado. Ahora lo único que me molesta es el dolor de cabeza, no lo soporto más.

He perdido tanto tiempo con tanta gente. Le dediqué demasiados momentos a cada boludo.

Algo aprendí, ahora cada vez que los veo, salgo corriendo a encerrarme.

Está lloviendo muy fuerte, la cañada trae mucho agua. Entre puente y puente, pasa una especie de heladera vieja flotando la corriente la lleva despacio, la observo, la acompaño por un trayecto de cien metros. No puedo dejar de mirarla, ese objeto estaba rompiendo todas las reglas establecidas, las que yo sostenía en ese momento.

La lluvia le da a la ciudad unos colores increíbles, los semáforos reflejan en el piso baldeadas de rojos y verdes, los carteles de neón, con azules traspasando paredes. Los autos los desafían con pequeñas luces como queriendo participar.

Un día de lluvia no es cualquier día.

Al otro día fui a comer con unos amigos a una parrillada, ubicada en un barrio muy rústico, de la ciudad, Alem y Gianelli, "La Tabá".

Nos saluda un escenario rebosante de freaks, personajes excitados destrozando su timidez.

La gente con la boca llena de carne, exaltando el canibalismo no escucha la música

¿Sabés cuantos años tengo?, dice uno, que canta hace tres. Es Alberto, mastica tango desde toda su vida, me conmueve verlo cantar. Me gustaría pasar horas charlando con él de su vida, qué come, si miente, qué lee, si alguna mujer lo ama, si se enorgullece. Lo veo tan triste y tan golpeado, es un perro con miedo, y como lo aplauden, es emocionante.

Me acerco a preguntarle qué tangos va a seguir cantando. Saca de su bolsillo un cartón con diez tangos anotados prolijamente, como con vergüenza me dice que son los únicos que saca el fuelle. Lo llaman de otra mesa y él, cabeza gacha con su camisa celeste y su tristeza agarrada a su espalda de ferrocarril, encara.

“Me tiraron el bandoneón cuando tenía once años”, rebuzna otro. El dueño del lugar con una cara de mono con navaja, acompaña con sus sonidos oníricos.

Los animales empalados, traspasados por las llamas; alguien traga un bocado e insulta al cantor.

El vino es saboreado en silencio.

Yo los veo ensayar un paso doble, y todos cantando, con sus instrumentos rústicos, el ritmo, el entusiasmo.

Ese circo infinito, esa imagen alucinante de gente intentando ser feliz.

El aplauso les hace falta, por ahí piden silencio. Esa puta manía que tenemos los argentinos de aplaudir a cada rato cuando algo nos gusta demasiado.

El artista emite cualquier sonido y el aplauso, no importa lo que se diga, ni el tono. Es agobiante.

El Polo me espera y yo no sé que hacer con mi vida.

“El Manco llegó para joderle la vida, pero él decidió evadirse, no darle bola, en el club han pasado muchos como él, y él siempre venció, él tiene todas las llaves, él abre la cancha todas las mañanas, nadie quiere semejante responsabilidad.

Le vuelve al cuerpo ese cosquilleo de los recuerdos lindos, son parte de su estrategia de evasión.

Piensa de nuevo en esa mujer, esa maestra, en cosas que hizo solamente con ella.

Una vez lo invitó al campo con la idea de un picnic, él aviso al trabajo, era un viernes, tomaron el colectivo en ese lugar tan triste como es la terminal de ómnibus. Al Polo ese lugar lo lastimaba demasiado, lo habían abandonado más de lo suficiente, pero ese día se sentía bien la gente no le molestaba, no bebía tan seguido, estaba cómodo, se hacían chistes. Ni preguntó que iban a comer y subieron a un micro cansado que los esperaba.

En el viaje miraba cosas que nunca había imaginado que estuvieran ahí, pequeños ángeles sosteniendo diminutas fuentes en esculturas de casas, animales furiosos aglutinados de cemento, verjas, nunca se imaginó combinaciones tan bellas.

Se sorprendía con sus sensaciones, de ver como seres mágicos a las viejas que barren la vereda, - eran sus enemigas en las mañanas de resaca. Se sentía otra persona, la que quería ser.

El viaje es largo, pero lo va llenando con esa expresión “que no se acabe nunca”. Se entrecruzan los dedos y se aprietan como para hacer saltar las venas, se quieren, y las ventanillas explotan de amor.

Ella le avisa que llegaron; él se había quedado mirando un ternero mamar de la ubre de su mamá, no tuvo casi tiempo a pensar en su madre.

Empiezan a caminar, él se da cuenta que no es un picnic, que van a otro lado, pero se quiere dejar sorprender. Le gusta demasiado eso.

Divisan un parque con flores marchitas y un jardín solitario, atrás un edificio golpeado a trompadas de vientos por la pobreza, él no sabe qué le espera.

Golpean la puerta y sale una enfermera que los atiende amablemente, a ella la saluda como conociéndola, él no entiende demasiado todavía.

Pasan a una habitación en la que hay unas doce camas con chicos internados, algunos mutilados, otros muy golpeados, con manchas en el cuerpo, una especie de reserva de chicos enfermos.

El se conmueve. Ni con Racing se le habían caído lágrimas.

Era momento de las explicaciones que le debían, ella le dice que un grupo de enfermeros de un internado, decidieron llevarse a esos chicos por los excesos que cometían los guardias y enfermeros y estaban refugiados en ese lugar hasta que la justicia actuara, y que ella los ayudaba en la ciudad y que los viernes a la mañana les venía a leer un cuento. Que si no se los quería leer él.

Con la voz quebrada los saludó, les contó quién era, les preguntó de qué cuadro eran, y con el clima de confianza, leyó por primera vez ese cuento, que ninguno conocía.

Era un cuento de Guy de Maupassant, que hablaba de un marinero que iba todos los días a beber al bar del puerto. Su casa estaba cerca y vivía con su mujer, una mujer hermosa y fiel. Los bebedores del bar le empiezan a contar historias de que su mujer lo engañaba con el carpintero, todas mentiras para pasar el tiempo, el marinero se reía. En un momento se levanta bastante borracho y se va a su casa. Su mujer lo esperaba con la comida recalentada, para cenar. Lo recibe con un beso en la mejilla, y él sin titubear la mata de un palazo. No confiaba en ella, y sí en sus amigos.

El Polo tan sorprendido como los chicos, se queda en silencio, esperando que su mujer le diga algo.

Aparece el manco y lo manda a comprarle cigarrillos, sus técnicas se están acabando. En cualquier momento se arma el quilombo.”

En mi trabajo cada vez se hace más difícil soportar el calor y sobre todo a las personas hablar de él, así que para pasar el tiempo decidí empezar a escribir cosas de las que hablaban, a ver que salía, sin que ellos se dieran cuenta por supuesto. Después lo acomodé más o menos así. Los protagonistas, dos viejas, el gordo que ocupa demasiado espacio y otro viejo odioso. Escenario: la sede de Talleres y las ventanas que dan a la Plaza San Martín.

“En este momento tengo mil grados en las patas. Vos sabés, qué bien me hizo la pastilla. Siempre que paró, llovió. A dos cuadras de Plaza Constitución. Con el hijo era el problema. Suena una sirena. El calor no afloja. Entra fuego. Vamos a la plaza, dice la mujer. No hay reunión hoy. Por la dignidad del pueblo. Un tipo se ganó dos lucas, es el único feliz, en donde todos no tienen más de cincuenta centavos en los bolsillos, pero de los demás nadie juega, así que algo no anda bien.

¿La loca está arriba?, sí. Tienen que cobrar anticipado. Y la van a cobrar. Me duele la espalda de dormir. Un peso para viajar a Bs. As. El 19 y 20 de diciembre. Para acabar con Duhalde. La puerta del baño se abre. Partido Obrero pide un peso. ¿Querés agua?. El aire acondicionado no anda. ¿Tenés Cafiaspirina?. Toto Bingo. Ahora se roban lamparitas. Para un nuevo Argentinazo. Un atacón de hígado. Los sindicatos combativos. Tengo retorrijones. El televisor está apagado. Asamblea Constituyente. El monitor refleja mi cara. Están con una bandera. Queremos pan y trabajo. Yo te recomiendo óptica La Torre. Que se vayan todos. Anda con una bolsa con inyecciones. Contribuya con solamente un peso, para acabar con Duhalde. Un peso para derrotar al FMI. Dos cajas de medicina vencida. Buscá las copias de los contratos. Hacía cuatro meses que no iba a bailar. Creo que tengo Sertal. Fiesta Nacional del Trigo en Leones, ¿cuándo será?. Yo al menos me siento bien de bajar las escaleras. Te arman toda una novela. Está celosa de las matadoras. Ella tiene paladar refinado. A las diez de la noche me acosté. Acá vienen cien personas de Santa Fé. Convenía pagar la entrada. Ahora no va a decir que va y viene de a pie, porque no hay plata.”

Alguien un tiempo después me acercó un ensayo que me cambiaría la vida.

Consiste en una reivindicación a la muerte. Lo raro es como lo conocí a este personaje.

Estábamos por comprar un pancho al frente del Cabildo, con el Turco, el fotógrafo de la sede, cuando un tipo que estaba sentado en un banco mirando palomas me llama hace un ademán muy incómodo para llamar a alguien, saluda como Alfonsín. Me acerco y con la boca llena le digo: ¿qué mierda querés?, y él responde “nada sólo quería darte esto, creo que lo vas a entender”, y me entrega unos manuscritos escritos en lápiz. Le pregunté a dónde se lo devolvía; no me dijo nada, sólo sonrió y se fue.

Luego me acuesto en mi cama con el ventilador apuntándome a los huevos, y lo empiezo a hojear.

“El dolor no tiene gusto, sólo es ácido”, por “El gordo triste”, en la portada, sólo la presentación. “El primer gran lugar es el cementerio”, arranca, “el silencio nos acompaña con su vestidura de paredes, sus mochilas llenas de estatuas, los ojos de vitreux que chorrean muerte y la respiración de sus gatos cuidando el hedor.

El camino genera una sensación de tranquilidad, no hay objetivos, no hay barreras, los nombres te atormentan, querés acordártelos, querés conocerlos, o simplemente tenés miedo a ver el tuyo. El cementerio nos da la seguridad de la vida, cada cual puede elegir la muerte que quiera.

El cuidador arrastra su olor a muerte por todo el jardín, que ya no quiere más flores, el verde del pasto con cuerpo de gusanos regocijados por tantos cadáveres.

Hugo hace veinte años trabaja de enterrador, vive en una casita al fondo del cementerio, solo, con su perro Pileta, negro y peludo como su dueño.

Pileta convive con gatos, comparten la comida por cuestiones de supervivencia, nada de camaradería. De todas formas esto no es lo importante.

El cuidador debe cavar, pregunta las medidas del fallecido, le dicen un metro por uno y medio, deduce que era un niño, lo cual lo conmueve un poco, hasta suspirar un bocado de tierra y seguir. No sale a la calle ya que no quiere ver más caras en su vida, ya vio suficiente, le hablan, lo atormentan.

Hugo se fue de su Salta natal a los doce años, un tío lo trajo a Córdoba a pasear, y él se queda a probar suerte. Había intentado estudiar pero no tenía capacidad. Así que empezó a laburar con su tío en el cementerio.

A los dieciséis años conoció el sexo, fue fantástico para él. En la tele veía una serie para toda la familia, que se llamaba “Pancho vení a comer”, donde estaban actores de primera línea y hacía las primeras armas en la actuación una niña muy hermosa, Cecilia Cortés. Hugo estaba enamorado. Tenía una foto colgada en su pared. Con la que se masturbó tres veces.

No tenía mucha suerte con las mujeres, era por su falta de comunicación. Hacía lo que podía, nada.

Escucha en la radio, su fiel compañera de la soledad del cementerio, que había muerto en un accidente de tránsito: Cecilia Cortés.

Su vida cambió desde ahí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

No quiso seguir viviendo.

Hizo el esfuerzo y se levantó al otro día. Se sentía mal.

Esa sensación de perder todo que dan los amores frustrados.

Llega el encargado del cementerio y le dice que se prepare que va a estar movidito, ya que venían a enterrar a Cecilia Cortés ahí.

Un frío parecido al miedo le corrió por el cuerpo.

El cavó su tumba, preparó las primeras flores que él pondría.

Se sentía familiar. Por momentos la vio a la madre y quiso acercarse, presentarse como el novio de su hija.

Le dio vergüenza.

Todos se fueron y ella quedó sola.

Esa noche debía hacer algo, lo presentía. Debía olvidarla para siempre.

Así que fue a bañarse. Se engominó, se echó perfume asquerosamente y se vistió para la ocasión.

Fue, abrió el cajón, la observó detenidamente. Todavía se veía hermosa, tenía un vestido rosa y unos zapatos blancos.

Unos pequeños cortes en la cara, pero no importaban. Se había comprado una cerveza, la abrió con los dientes y empujó un trago violento.

Luego la tomó del cuello y la besó. Se sentía bien. Después metió su lengua por primera vez. No le importó el aliento.

Era un beso.

Se tocó la pija y la tenía más dura que nunca. Pensó que si hacía algo debía hacerlo rápido.

Podía venir alguien.

Estaba en la cocina del cementerio. Estaba solo. Su tío ya se había ido.

Le sacó el vestido rosa, la acarició, luego se acostó encima. Metió su dedo en ese sexo muerto.

No tardó en meter su pija casi virgen.

Le dolía, se la escupía. Pero le dolía.

La miraba esperando una palabra.

Hugo nunca fue el mismo después de Cecilia. La enterró y nunca más volvió a abrir el ataúd.

Tuvo ganas de contarle a su tío pensando que entendería. Pero no se animó.

Hugo espera la muerte. Cecilia lo espera.”

Debo volver al trabajo, lo único malo que me pasa en este momento.

Entro como todos los días, le doy un beso a la vieja que limpia, charlamos un rato y empiezan a caer los otros, y se ponen a hablar de un sótano, me alejo.

¿Qué habrá abajo?. Aparentemente un sótano.

El subsuelo. De tamaño considerable.

El sótano del subsuelo, está lleno de agua.

El hueco del ascensor.

¿Alguien tiene claustrofobia?

Una división de un colegio pasa cantando, cuatro personas hablan de un sótano.
La vieja con una escoba arrastra una bolsa de basura.
La tijera, los lentes y el teléfono están encima de mí.
El hueco del ascensor existe.
¿Hay algo más abajo que el subsuelo?
No sólo el miedo es ver si hay algo más arriba.
El calor del centro de la tierra es el final del abajo.
Uno dice, “No se veía tan sucia el agua, tan podrida”.
No le tenés miedo a una bomba.
Encerrado y tapado con tripas, paredes manchadas con sangre y vos abajo sin poder gritarte.
La vieja deberá limpiar todo, y buscará excusas.
¿De qué te sirve haber leído el diario todos los días?
Si vas a tener miedo.
Empieza a bajar las escaleras. Que el frío se incruste en los tobillos, y no haya forma de volver.
Solo. Sólo pensar en sobrevivir.

En la ciudad sólo llueve, es increíble, no hace falta pensar, sólo disfrutar.
Un apunte callejero desde un balcón de un cuarto piso nos castiga.
Un taxi amarillo con 2484 años escritos en su espalda.
La cañada vestida de galeón lava su cara.
El ruido a sartén derramado de los vehículos paranoicos.
Un trole fomentando el feminismo de la electricidad.
Los cables desafían a los suicidas.
Una moto ruge enojada a la siesta.
Las filas se mueven a la orden del color rojo.
Alguien desenfunda un paraguas como si fuera una espada.
Una mujer camina mientras las gotas le traspasan las piernas.
Los árboles zarandean un pericón.
Un auto enfrenta un charco como si fuera su muerte.
Las líneas blancas son aplastadas por la gente.
Y yo veo pasar una tapa de inodoro en el agua, la veo cuadrada hasta desaparecer.
Dos personas debajo de un paraguas se esconden de la vida.
Llueve, cuando el cielo nos caga a trompadas.

Es posible que en este principio de año me quede sin trabajo, sin un peso, pero no voy a tener que soportar a los negros de mierda que me infectan con su perfume barato y aliento a mañanas, de años sin lavarse los dientes.
Esos negros hicieron que aprendiera a odiarlos pero a respetarlos, porque están en todos lados.
Sentado en sus mesas comiendo, escuchándolos, son cosas que difícilmente pueda volver a soportar. Me tienen que llamar para ver que pasa. Participo de una incertidumbre flaca, innecesaria.
Sólo deberían saber si hay trabajo. Pero los negros tienen demasiado miedo. Ese miedo que da la ignorancia. Gente más poderosa que ellos se lo imponen, y no saben como actuar. Y son manipulados como títeres de carne grasosa.
Quieren chupar pijas y lamer culos, pero son demasiados, no saben por dónde empezar. Les da vergüenza preguntar, pero no la tienen para arrastrarse. Son un cúmulo de prejuicios, si los escucharan hablar, ellos saben de todo. Opinan con una liviandad de las cosas, cuando los escucho pienso en la cantidad de muchos que hay en el mundo, qué injusto.
Con la libertad que hablan de los poderosos a los que les temen, los llaman por sus nombres de pila, como si fueran amigos y los analizan minuciosamente, como si los conocieran íntimamente.
Yo creo que muy en su interior deben pensar, “que tiene él, que no tenga yo”, y hablando liberan ese miedo. Pero ese miedo no lo van a perder nunca, porque ellos lo alimentan día a día. A sus mujeres del mismo color que ellos les dicen “bolivianas”, con la autoridad moral que se manejan para discriminar.
Discriminan a las mujeres que ellos consideran feas llamándolas “bolivianas”, y es gracioso, ya que la mujer en Bolivia es una luchadora, se la ve con el hijo colgando de la espalda, en los

brazos dos baldes de agua, no paran de ser madres ni para trabajar. Son admirables. Y los bolivianos sí son cagones. Si quieren discriminar a alguien deberían llamarlas Bolivianos. Es digno del vómito.

Realmente he conocido mucha clase de gente en distintos ámbitos, pero esta es la que más asco me da. Desgraciadamente, yo me equivoqué, caí por necesidad y debo soportarlos, sin embargo quiero zafar, no soporto sus voces, sus frases hechas y sobre todo su olor.

Me deberían llamar, pero deben estar chupando alguna pija.

Lo peor de todo es que generalmente tienen suerte y sobreviven, ya que son tan intrascendentes e inofensivos que nadie los nota. Carecen de valores, humildad, ingenio y creatividad, son personas que ocupan demasiado espacio.

Sobreviven porque este es un país sin memoria, y el que tiene la suerte de tenerla, "es un resentido o un rencoroso", pero hay que tratar de qué funcione así. Acá te cagan y el tiempo hace que al mes el que te cagó sea un señor de una moral intachable. Meter la basura debajo de la alfombra.

Yo amo a los resentidos y a los rencorosos.

Este es un país en que a las organizaciones de derechos humanos que acarrean con miles de muertos, sin identidad, sin nombres, sin tumbas, se las llama resentidas, ¿porqué?, ¿quién las llama así?.

Todos estos negros de mierda que no sabe que carajo pasaba acá mientras ellos buscaban qué pija chupar.

Todos lastimamos con total impunidad, no existe algo tan efímero como la palabra hablada, pero si la escuchaste con atención quizás no la olvides nunca.

Esas son enseñanzas que da la iglesia, dale para adelante y que el pasado no importe. Estoy de acuerdo, "para adelante", pero el pasado ayuda a construir el futuro, sin experiencia ni errores vamos a tener el mismo miedo que teníamos de niños. La evolución va de la mano de reconocer el pasado, de la historia cotidiana.

Por eso estos negros sobreviven, porque en esta sociedad individualista y utilitarista de mierda nadie se acuerda qué pasó hace una semana.

El insomnio me corre por las venas, duermo cuatro a seis horas, nunca me había pasado. Sigo teniendo sueños extraños, relacionados con la infancia, con amigos del pueblo, que vegetan en casas confortables, con televisores con cien canales de los que miran seis, con veinte hijos mirándolos todo el tiempo pidiéndoles cosas, que cuando tienen oportunidad salen, se emborrachan y encaran pendejas de quince años. Después en la mesa del domingo con su familia dicen que son putas.

Lo de los sueños debería ser más placentero, sólo quiero dormir. Aunque el insomnio se disfruta.

Me gusta la palabra, tiene una fonética relacionada con el descanso, como somnolienta.

Me pasé treinta años mirando el reloj, esperando que llamen a mi puerta, esperando un llamado telefónico.

Esperar que aparezca algo mágico o extraordinario, como pasa en las películas, que cambie mi vida.

A tres metros de mi casa hay un ascensor, mis vecinos cierran la puerta diciéndole al mundo lo mal que se sienten.

Mis vecinos, ¿qué sueños tendrán?.

La vieja con olor a derrota con su cara demacrada de vivir mirando a los demás.

Una cucaracha se me sube por la pierna, me la saco rápidamente, la piso, pareciera que me la manda la vieja.

Hoy es un día rencoroso.

De todas formas, cosa que no me importa, siempre va a haber alguien, generalmente un negro de los mencionados, que diga que uno piensa así porque está desocupado, borracho o de ocio.

A ellos les enseñaron que la vida es laburar, tener una familia y llegar a su casa, prender la tele. Cuando se altera eso, los mandan al psicólogo. De eso no hay duda.

Saco un resto de migas de la mesa, tomo agua, miro el teléfono, subo la música, va a ser un día difícil.

El sol me está presionando.

Ojalá que no se me caigan los dientes.

Variaciones de un noticiero en mute

Lo están desalojando a Marcelo Oliva, está con su camisa roja hablando con la televisión. Un viejo con dentadura prestada y varios móviles policiales detrás que protegen sus carpetas llenas de órdenes de desalojos. Los colchones de Marcelo y su familia están en la vereda.

Es Barrio Comercial, qué ironía.

En otro canal, Alejandra Pradón es acusada de grasa, ¿quién la acusa?, otra igual.

¿Quién muestra eso?, otros iguales.

Una novela brasileña nos muestra que hay mucha gente en las calles.

El amarillo fosforescente de Intrusos nos invita a tener ftofobia.

En la tierra de los alfajores Guaymallén tienen cuatro rehenes.

“El Polo era un personaje querido y odiado por muchos en el ambiente de la cancha. El había tenido actitudes que muchos dirigentes repudiaban. Por eso le pusieron al Manco para que lo marque de cerca.

Con el paso de los años fue teniendo todas las llaves de la cancha, cosa que ningún dirigente podía, no porque no pudieran, nadie quería estar todo el tiempo ligado a la cancha o tener semejante responsabilidad, ya que en las canchas hay muchos robos.

El abría y cerraba todos los días.

Hace un par de años atrás, los empleados del club estuvieron cerca de un año sin cobrar un sueldo completo, por lo que el Polo decidió cerrar el club, le puso el candado.

Una gran medida de fuerza tomada por gente sumisa y con miedo a perder su trabajo. La medida fue un éxito, vino la televisión, la radio y los diarios, grandes referentes a la hora de decretar el éxito de algo relacionado con las protestas. La cuestión fue que el dinero apareció de golpe.

Y el club se volvió a abrir.

De ahí en adelante el dueño de las llaves ganó respeto, así como muchos enemigos.

Por lo que produce el éxito de cuando uno acierta, él no pensaría en que alguien le quisiera hacer daño.

A la cancha va mucha gente a sentarse a charlar como en un bar, se sientan en las tribunas, arman y deshacen equipos, opinan de lo malos administradores que son los dirigentes, putean, critican. Generalmente son viejos fracasados, desocupados o hinchas fervorosos, la cuestión es que muy pocos de estos participan activamente en la vida social del club. No son socios, ni dirigentes.

No quiere decir que los otros no actúen igual, lo hacen pero en otros ámbitos.

Y estos al primero que ven es al Polo. Van, le preguntan novedades y él está cansado de responder lo mismo, o sobre todo de escuchar cambios propuestos que nunca llegan.

A él se lo tiene como un tipo rezongón, negativo, que despotrica, escéptico, pero es propio de quién escucha todo el tiempo lo mismo.

El acepta a través de comprobaciones empíricas.

De todas formas esa gente decía que nos importa la opinión de un borracho. De un borracho que ellos no le compraban el trago ni se sentaban a tomar con él.

Al Polo le decían “Enero”, porque no tenía ningún día fresco, y al pelado su amigo, “Puchero especial”, ya que tenía de todo menos cogote.

El Polo a veces cuando se emborrachaba se ponía a llorar y nadie sabía por qué, esto sólo lo sabían el Pepe y el Pelado nada más, sólo decía que él no se merecía todo lo que le hicieron. Sus amigos respetaban su silencio y lo abrazaban, solamente.

El Manco era una persona que aparece en Racing, porque se queda sin laburo. El era puestero en el Mercado de Abasto, vendía manzanas con su viejo y sus hermanos, pero se tenía que abrir porque los negocios familiares se agotan y se terminan peleando todos.

Y cae en el ambiente del fútbol, no menos pesado que el del mercado.

Tenía gente a su cargo, él los llamaba “negros borrachos”, así que cuando le ofrecen controlar el personal de la cancha, no dudó en agarrar.

Es un tipo rancio, no un mal tipo, sin formación académica pero con mucha calle, pero esa calle mala que da la patronal, sexto de diez hermanos y no precisamente el preferido de sus padres. Había perdido la mano izquierda con un mortero en Malvinas. Ligó de arriba esa guerra, lo cual había influido mucho en su personalidad, se había puesto más paranoico. Buscaba reconocimiento como todos lo que volvieron de esa guerra inútil.

El llamaba negros de mierda a sus empleados, y había sido menos que un negro de mierda para los ingleses y para los milicos argentinos que se vanagloriaban de irse de un gobierno glorioso de muertes.

Apenas llegó a la cancha, le marcaron al Polo como un tipo difícil de manejar, así que lo atacó directamente, marcando su territorio, les dijo a todos: “De ahora en adelante todos van a cumplir horarios como corresponde, van a hacer las tareas que yo diga, y al que vea chupando, yo personalmente lo saco a patadas en el culo de acá”.

El Polo nunca se olvidaba de esas palabras que había dicho el Manco la primera vez que llegó, y sabía que tenía un enemigo al que debería verle la cara todos los días. Uno más que le jodería la vida.

Quería pensar en algo lindo”.

Y había una vez un país en el que no es noticia que una reclusa esté pariendo en la cárcel un hermoso bebé de tres kilos, en vez de que una leona tenga un leoncito en el zoológico y que todo el país le tenga que elegir el nombre por la televisión.

Es verano, escasean las noticias “políticamente correctas” y nos muestran a una gorda encima de una cámara de tractor tirándose agua en una pileta.

Toda la vida sentí que la televisión me trata como a un boludo, y me gusta. Hay que darse cuenta nada más.

Los raelianos dicen que clonaron a un ser humano, nadie les cree. Ahora quieren clonar a Hitler, Ayrton Senna y a Gardel. ¿Quién no les cree? Otros laboratorios que no pudieron hacerlo antes y que tenían vendido los derechos. Es todo tan difícil de creer.

Me gustaría tener miedo y creer en Dios solamente.

Hay un programa que es fascinante, “Gran Hermano”, los conejillos de indias del entretenimiento. Doce idiotas, y esto no es resentimiento, son idiotas en serio, encerrados en una casa, jugando a ser ellos mismos, con sus derrotas y su mediocridad.

Nadie habla de triunfos, ya que no podrían generar lástima, por que la gente no elige a ganadores.

Me encanta verlos, las situaciones que generan y como las resuelven, y los conductores del ciclo, al ver las actitudes que toman para resolver las cosas, nos digan que son un espejo de la sociedad a imitar.

Cuando piden perdón por alguna pelea o discusión, nos hablan de valores a adquirir.

Hay un latiguillo que me fascina que usan todo el tiempo los conejillos, “yo nunca dejé de ser yo mismo”, es terrible que alguien deba explicar eso, que nunca dejó de ser un idiota.

Y el programa en poner al aire a cada rato eso, nos cree a todos los telespectadores idiotas igual que ellos, y eso es impresionante. Sentirse idiota por un rato. Como los dibujos japoneses que dan convulsiones.

Ya es de noche, uno puede dejar de ver televisión y observar que pasa alrededor.

Un perro en forma de nube acompaña a un edificio.

Una vertiginosa orgía de murciélagos en las alturas.

Un humo que se mezcla entre personas para convertirse en nube.

Un auto dobla en la esquina con la timidez de que haya más autos del otro lado.

Me obsesiona tu prisión, tu prisión mecánica de auto.

Un tímido río de luces diluye en sombras.

La luz de una antena le guiña el ojo a la noche.

Los faroles de la Cañada entre las nueve y las once, juegan a las escondidas.

Uno observa la noche de la ciudad atravesada por una cesárea de agua.

Me gustan las rutas desiertas, esas líneas amarillas infinitas.

Tercera Viscera

Le tengo rabia al silencio.

“Se acerca Navidad, hacen treinta y seis grados, es un día insoportable y todavía queda más. Debía cortar el pasto, estaba largo y el Manco estaba encima apurándolo. De lejos el Pelado y Pepe lo esperaban para brindar, eran como las cuatro y a las seis debían irse cada uno a su casa con su familia.

Se puso su gorra blanca, tomó un buen trago de vino y encaró para la cancha. Encendió la máquina, y pensó que esa iba a ser la última vez que manejaba esa cortadora.

Decidió cortarlo en líneas verticales, iban a ser más cortas, y más rápido. Era una especie de autoengaño, por dentro sabía que de cualquier forma era igual en tiempo.

A cada paso de la cortadora, hordas de mosquitos levantaban vuelo para traspasarle su camisa celeste, él no los sentía. Hay un momento en que uno se enajena del dolor y de ciertas cosas físicas, sólo hay que fijárselo como objetivo. Y él lo había hecho, no quería estar ahí.

El pasto escapaba a los costados, el sol le pegaba latigazos en su espalda, no le importaba.

Se acordó que en el rosedal del parque Sarmiento, un jardinero plantó cientos de rosales sin ningún sentido estético, todas asimétricas, una gran ruptura establecida al orden de los jardines.

Él pensaba en su Navidad. Para él ese día era importante y nada lo iba a empañar. Mucho menos un manco.

Todavía el Manco no le había dado plata, la negra había ido como tres veces a buscarla sin suerte; es probable que cuando se la dé, esté todo cerrado. Pero no importa, le dijo que reventara el fiado.

Se puso a pensar en cuando viajaba. El cortar el pasto lo transportaba a una ruta, cortaba postes de luz, imaginaba animales, y se sentía como en una gran podadora cortando todo, las tribunas, el Manco, los bancos de suplentes después corto montañas, pueblos enteros.

El trataba de pensar que sólo viajaba.

Miraba mucho la tele cuando podía, en un canal de dibujos animados, era fanático de Kid Ingrassia, un sheriff de Canals City, lo divertía como nadie, más que Tinelli.

Canals City era un pueblo del lejano oeste, donde había unas veinte casas, un bar, dos tiendas y un par de establos. Era un pueblo tranquilo, donde la gente trabajaba de la agricultura y la ganadería.

Kid Ingrassia, era un defensor de la ley muy particular, era muy minucioso, no tenía amigos, soltero, casi misógino, tenía un caballo blanco llamado Jara.

La comisaría estaba en el centro del pueblo, a cincuenta metros del bar, lugar más proclive a hechos de violencia, potenciados por el alcohol, prostitutas, jinetes de paso o juego.

El bar estaba manejado por Cacho Fernández, un vaquero que había venido de México, y estaba enemistado con Kid, por el tema de las putas y el juego.

El Polo se acordaba de un episodio, en que Kid está en la comisaría bebiendo una malteada y escucha disparos, gritos y ruidos de muebles que vienen del bar. Sonaba a catástrofe.

Se levanta eufórico de su silla, se pone su estrella dorada, prepara su arma, y grita: ¡Vamos Jara, el deber nos llama!, y salen disparados hacia el bar.

Cuando llega el bar está impecable, las mesas y las sillas en su lugar, hay gente bailando tranquila, parecía como si nunca hubiera pasado nada.

Cacho le pregunta: ¿vas a tomar algo? No, contesta Kid después de una entrada memorable al bar que lo dejó en una posición ridícula. Y cabeza gacha se vuelve con Jara a la comisaría.

Esta es la historia de Kid Ingrassia, un tipo que vivía para aplicar la ley, pero siempre llegaba tarde.

Este era el dibujo preferido del Polo.

Ya quedaba poco por cortar, el brindis se acercaba.”

La hoja en blanco no me presiona más. Tengo cosas para escribirle.

Todavía no me quedé vacío. Puedo estar solo pero no vacío.

Me quieren vaciar. Voy a resistir. No los voy a dejar.

Por más que nunca gane un premio. Por más cupones que no tengan mi nombre.

Yo no le tengo miedo a la lluvia. Ni a los truenos, ni a los relámpagos. Podría vivir mojándome.

Le tengo miedo a los gatos, a la mentira y a la traición. Son cosas que no puedo combatir.

Me gustan los ojos y los pies. Me gusta la gente que sale a marchar.

Me siento identificado cuando un padre le da un abrazo a su hijo, en algún momento ordinario del cine.

He visto demasiado cine. Demasiada gente.
Conozco demasiados nombres. No he llorado lo suficiente.
No he bebido lo suficiente para calmar la sed. No he gritado lo que debería. No he puteado.
He dormido mucho. He visto mucha televisión. No he cogido mucho.
No he leído demasiado. No he escrito demasiado.
No me he enfermado demasiado. No he viajado lo suficiente.
No he amado todavía. He respirado mucho. Me he masturbado en exceso.
Podría estar escribiendo nombres el resto de mi vida.
Cambié demasiadas veces de peinado. En este lugar nunca es suficiente.
Vomitó muchas veces. Mentí menos que vomité.
Escuché demasiada música. No puedo dejar de escuchar voces.
Puedo vivir unos días sin plata. Intenté pintar. Intenté esculpir. Intento escribir.
Me gustan los días nublados. La ironía no me deja ir a fiestas familiares.
No soy amigo de los vecinos. Me gustan las drogas. No me gustan los drogadictos.
No me gusta pensar. En otra época me gustaba la actividad física.
Tengo treinta fracasados años. No tengo huevos para ahorcarme.
No me da lástima nadie. Soy un admirador de los perdedores.
Me gusta el silencio y las caricias en determinados momentos.
Me atormenta el paso del tiempo. Me gustan los teléfonos.
Me gustan los restaurantes. Odio las terminales.
Odio los saludos por televisión. Detesto a la gente que habla mucho.
Me gusta la pornografía y los cómics.
Me gustan los martes y los jueves. Tengo una mesa en un bar.
Soy amigo del dueño del cine. Mi viejo es mozo y tiene prótesis.
Admiro a las enfermeras. Me gustan los cumpleaños de otros.
Me gustan los hijos de los otros.
Me gustan los lugares con ríos. Combato las paredes blancas.
Creo que la palabra es difícil de agarrar.
Me gusta que una mujer me abrace y me acaricie el cuello.
Me gusta ver bailar. De chico quería ser un bombero, ahora un asesino serial.
Me gustan las lenguas. No sé manejar automóviles.
Le tengo miedo a la electricidad. Me gusta el control remoto.
Me gusta asomarme por la ventanilla de los autos.
De chico era monaguillo. Me gustan Los Simpsons.
Visito cementerios buscando mi tumba. Me encanta mirar puentes.
Creo que la sonrisa debe ser un recurso. Me gusta el vino tinto.
No me gusta votar. No quiero esperar. No me gusta hacer colas para pagar.
Creo que cada dos años uno debe cambiar de personalidad.
Odio las prótesis y las manchas en la piel. Me gustan las tetas.
Duermo con la luz prendida y con la radio, también prendida.
Me gustan los sillones y las velas. Me gustan las ofertas. Quiero vivir cerca de una carnicería.
Me gusta la humedad. Me gusta la tecla pause y enter.
Quisiera tener un pico de buitre. Hace años que no uso relojes.
Me gusta la cama tendida con sábanas limpias. Quiero el ojo por ojo.
Debería lavar las toallas más seguido. No me gustan las víboras.
Me gusta el Terminator. Me gusta la urbanidad de la ciudad.
Me gusta la noche. No me gustan los magos de cartas.
No soporto que los taxistas cojan tanto.
Trato de tolerar la discriminación.
Me gustan más las rubias. Me gusta el frío.
Soy carnívoro confeso. Creo que las plazas no deberían existir.
Odio a los pelados de bigotes. No me merece respeto la gente que pasea perros.
Respeto la lucha de una madre. Me gusta la tonada colombiana.
No me gustan los accesorios. Quiero más tatuajes. Me gustan las noteras de radio.
No puedo vivir sin el color negro. Detesto que me digan infeliz.
Me gustan los poetas malditos.

Creo que se debería vivir hasta los cuarenta años.
Analizo demasiado a las personas. Viajé un año a dedo a un colegio.
No me gustan los clubes que duermen gente. Me gusta que me digan insolente.
No me gusta conocer gente. No me gusta que me presenten.
Me gustan los códigos de barras. Me gusta el olor.
No le tengo miedo a las hojas en blanco. Leí La náusea y nada fue igual.
Me gustan las medias negras en las mujeres. No me gusta el perfume.
Soy el típico cagón que hay en todos lados.
Soy el que les hace creer que agacha la cabeza.
Soy el que cierra una puerta, y sabe que no va a abrirla nunca más.
Soy la absurda derrota sin final. Robé muchas golosinas.
Tengo una abuela muerta y otra viva. Odio las Navidades.
Soy el pobre tipo que se arrepienten de conocer.
Ahora debería venir en mi vida, la parte en que soy rico, que tengo la vida asegurada y voy a ser feliz para siempre. Como en las películas.

“Terminó de cortar el pasto, ya estaba oscureciendo. Pepe y el Pelado ya se estaban yendo, el Manco lo llama y le da cincuenta pesos, le dice que no había más. Tuvo ganas de cagarlo a trompadas, pero estaba muy cansado. Tomó un trago casi sin ganas de un vino caliente que quedaba, agarró la bicicleta y se fue sin saludar.
Llegó a su casa, con la cara la Negra entendió que no debía preguntar. Le dio los cincuenta pesos sabiendo que ya era tarde para comprar cualquier cosa.
Pero no todo sería malo, un amigo, un vecino de la cuadra, los había invitado a pasarla con ellos, un tipo que estaba bien económicamente. Este vivía solo, pero era un nómada, ya que tenía unas whiskerías en el interior de la provincia, así que iba y venía.
Era la opción de trabajo que siempre manejaba el Polo para zafar de la cancha.
Esa noche el vecino los esperó con un cordero, vino y todo lo que hiciera falta, sin tocar los cincuenta pesos.
Los tres estaban combatiendo las reuniones navideñas con una charla entretenida.
El Polo más de una vez se cagó a trompadas en una mesa, cuando borracho se puso a hablar de política. El siempre fue radical, aunque no tiene idea lo que significa la doctrina del partido. El sólo dice que cuando estaban en el gobierno él la pasaba bien, motivo suficiente para defenderlos hasta la pelea. De todas formas, en las mesas en las que él discutía o compartía, los fundamentos estaban dados por la comodidad con la que cada uno sobrelleva cada momento histórico.
En una charla de la cancha, hay distintas etapas en las conversaciones. Primero se habla del trabajo, se critica a los dirigentes, después del equipo y los jugadores, siguen las anécdotas de borracheras de cada uno, para terminar hablando de política.
El defendía presidentes, gobernadores e intendentes, todos por igual.
El país atraviesa un momento difícil culpa de los políticos, en el que no pueden salir a la calle porque los insultan y agreden. Su voto cantado le había costado más de una paliza.
A pesar de ser alto y tener brazos largos, cuando se emborrachaba perdía el equilibrio y era fácil que se cayera. Con su bicicleta de carrera conocía las lastimaduras de la tierra y el pavimento.
Con el Pelado era el punto que tenían en común, ser radicales.
En el ambiente del fútbol, se reían de las pseudoideologías de los dos, ya que en la forma que chupaban y comían asados debían ser peronistas.
Después del brindis empezaron a tomar whisky, era una noche calurosa, hablaban de las familias, sus historias personales, recordándolas con un dejo de sarcasmo, pero un recuerdo emotivo.
El objetivo era hablar, sin nombrar al fútbol y a la política.
La Negra se fue a dormir, y ellos siguieron hasta ver el sol”.

No quiero volver al pueblo para ver como envejecí. Veo mi vida reflejada en rostros, en cuerpos que fueron mágicos. Ahora están carcomidos por la rutina. Tipos que apuntaban a ser ganadores, yo los veía y los envidiaba. Ahora te observan cuando vas, desde su seguridad de casa propia,

mujer gorda, hijos, televisión y analizan tu vida. Y esperan que fracases para tener razón, y así sentirse bien con lo suyo.

“Yo sabía que iba a terminar así”, si lo habré escuchado, nadie imagina decir otra cosa.

¿Se imaginan vendiendo zapatos toda una vida?. Es terrible. Treinta, cuarenta años haciendo lo mismo, de lunes a sábado cumpliendo horarios, cortando al mediodía, almorzar, ver la tele, dormir la siesta, renegar con los deudores, compartir el dinero con tu papá, ganar migajas, o sinó, si ganás más, no disfrutarlo.

Ni siquiera ese trabajo te permite crear, es siempre lo mismo.

Sos un vegetal sin tiempo libre.

Y todo esto sin hijos. Alguna vez vas a necesitar levantar la voz, vas a tener que putear.

Te convertís en un fascista, sin involucrarte políticamente en nada, sólo discutís de fútbol.

Y vas cediendo.

Por ahí renegaste de casarte por iglesia, después te ves con un traje negro, un anillo, diciendo Sí, en una fiesta con una torta con un muñeco parecido a vos, con gente que te dice “ya no vas a ser el mismo”. Y seguís cediendo, ya no salís, no te das gustos. Los hijos, tu mujer que cambió totalmente, lo tenés que bautizar, tenés reuniones familiares dignas de suicidios en masa.

Y nuestra vida es formar parte de una cola para pagar impuestos.

Ni siquiera un día a la semana que hacés algo distinto te sirve.

Yo no debería hablar de ellos, pero ellos no deberían hablar de mí.

La infancia es un buen orgasmo.

Ya ni siquiera sé quién soy ¿Cómo saber si la persona que éramos hace un minuto es la misma que sos ahora?.

Sólo la actividad de la memoria genera en nosotros la ilusión que llamamos ser.

Crónica de una vieja meando

La vieja, ¡Cómo se nos representó!

¿No tuviste la tentación de oler la orina?

Desplegó su pollera como quien izará la bandera.

Fijó su territorio de bolsas como si fuera chilena.

La cañada con su cara de baldosas se sintió húmeda.

El chorro caía desprejuiciado ante su risa.

El gordo y el flaco desde el balcón tiran humo y saludan.

Su vagina aterrizó la tierra.

La felicidad de evacuar la vejiga.

Sin vergüenza, y sin necesidad de tenerla.

Pasan dos chicas hermosas caminando y apoyan sus lindos pies en el charco.

A las horas, me asomo y el charco no estaba más.

Venía del cine pobre de ver una comedia israelí que no me sacó una mueca, pero me pareció entretenida, “La mujer de mi vida”. Pasé por el supermercado para comprar algo para comer y volvía a mi casa ansioso para ver un programa de chimentos que me entretiene en la tele.

Hacía un calor terrible. Estaba insoportable, sensación térmica de cuarenta y dos grados al atardecer.

Estoy por cruzar la calle, y veo enfrente dos brazos que se elevan para saludarme, era el narigoncito, un amigo de la infancia y de la vida, que me esperaba para abrazarme.

Venía de mi casa, tenía una campera de invierno en el brazo. “No tenés miedo de que refresque”, le digo. Me dice que espere, que ya me va a contar, hay demasiado ruido en la calle.

Le balbuceo “ya no hablás como un pastor”. Me dijo que no riéndose.

Lo conocía de chico, éramos del mismo pueblo, es el único amigo que conservo de ese lugar, compartíamos cosas juntos, hacía una semana que no lo veía, era mucho si estás acostumbrado a verte todos los días. Las cosas entre nosotros habían cambiado, él es una persona que esta forjando su personalidad a los treinta años, con lo que eso significa. Estuvo buscando cosas que lo identifiquen, intentó por el lado de la música, por la política, sin suerte.

Hacía un tiempo que un compañero de trabajo lo hizo incursionar en la literatura de Castañeda. Arrancó leyendo “Las enseñanzas de Don Juan”, y después siguió con los otros. Le fue muy útil. Trabajó en su violencia, se tranquilizó, poco a poco se fue transformando en otra persona. Su trabajo lo alteraba emocionalmente. Él debía registrar en un hospital a todos los bebés muertos.

Ahora todo lo que antes le causaba gracia lo profundizaba hasta el hartazgo. Empezó a usar palabras tales como amor, corazón, Dios, Todo, que estaban descartadas de mi vocabulario, lo cual hace que no las escuche. Y la última vez que lo había visto le dije que parecía un religioso romántico y que nosotros no debíamos estar juntos, ya que a él le importaba todo y a mi nada. Esta última vez, caí a la pensión donde vivía. Pusó la pava para tomar mate. Se había cortado el pelo y todo estaba impecable de limpio.

Le pregunto sobre el cambio a la limpieza, y me dice “mira estoy arrepentido, antes estaba lleno de hormigas y no había una sola cucaracha, las hormigas te cuidan, pero una atrevida se fue hasta la cama y me picó justo en la cabeza de la pija. No debería haber hecho eso, así que las saqué a todas. Y después aparecieron dos cucarachas grandes. Extraño las hormigas”. Estaba extraño.

Ahora estábamos hablando de nuevo.

Me comenta que un día había estado al frente de un hotel, pidiendo que sacaran unas luces navideñas de los árboles del frente del hotel, y que lo había conseguido. En ese logro había descubierto a Dios.

“Te dije que no te lavaran la cabeza, hijo de puta”, “No, está todo bien”, me contesta.

Qué iba a estar todo bien, después me dice que renunció al laburo, y que me dejaba sus cosas para que yo tomara lo que quisiera.

Vivía solo en una pensión a dos cuadras de casa. Acaricia su sexo con cara triste. Anota en un cuaderno lo que desea dejar de perder. Los acordes de rocanrol impiden que cualquier silencio lo atormente.

La radio le gotea por los oídos.

Me cuenta que tiene que descender a los infiernos, que debe emprender un viaje, que va a buscar a Los Redondos de Ricota, que debe llevar esa ropa solamente. Necesita que yo sea el testigo y el escritor que comunique eso al pueblo. Otro amigo nuestro iba a ser el maestro, él se iba a comunicar sensorialmente conmigo. Primero tenía que lograr que deje de ser boludo el supuesto amigo maestro. Menuda cruzada me pedía, le dije que primero tenía que dejar de ser boludo yo mismo.

En este viaje que él recorrería, hay una casa en la que lo esperan en donde él probará todas las drogas posibles, para aprender y sacarse todo lo que le hace mal, incluida, y en primer puesto, su mamá.

Lo despido en una esquina con un abrazo. Se va caminando despacio. Sin peso, con el cerebro vacío.

Esa noche anduve de bar en bar, sorprendido, hablándolo.

Al otro día suena el portero, yo estaba en el baño, era él, y dijo que venía a buscar las llaves, se las debía dar a otros “hermanos” ya que yo no tenía confianza en él. “Qué voy a tener confianza, si me parece que te lavaron la cabeza, pero te apoyo. Aparte creo que tus convicciones son un poco histéricas, si necesitás de los demás para creer e intentar hacer cosas”.

Y se fue, ya que debía emprender el viaje por segunda vez.

A la tarde ante la duda me voy hasta el hotel, hablo con el conserje, me cuenta que había estado un día entero al frente. Hay tres árboles cubiertos de luces navideñas, están en la vereda, son públicos, y pensaban tenerlas un mes más.

El Narigón había llegado como a las seis de la tarde y se colgó de las luces para arrancarlas. Los chicos del hotel llamaron a la policía pensando que las quería robar. Con la policía en el lugar, él les explico que quería que sacaran las luces, ya que los árboles eran de todos y esas luces los iban a secar.

Así que se quedó todo un día ahí, hasta que el gerente dio la orden de sacarlas, y él se fue.

El conserje me dijo: “Nosotros los empleados estábamos todos con él, decile que le dé para adelante con este tipo de cosas”.

Después pasó por la pensión. Habló con el gordo, el dueño, me dice que se llevó todo con unos amigos, que se iba de viaje y que no sabía a donde.

Un dealer conocido de él y de sus “hermanos” me dijo a la semana que andaba por la ciudad, que vivía con una ex - novia, que había regalado todo, me decía, que había que hacerlo bajar, que si no lo iban a encerrar en un loquero y lo iban a llenar de pastillas. Los otros dos “hermanos” eran sus alumnos y estaban igual que él, pasados de vuelta.

Es un auto sin nafta, con la chapa carcomida por los años, intentando andar.

Él estuvo toda su vida en una parada de ómnibus esperando. Nunca más va a jugar a la quiniela. No va a ir al cine. No va a discutir nunca más de fútbol en una mesa de bar.

Le lavaron la cabeza con palabras mal usadas.

Lo busco en la calle, me parece que va a venir de sandalias con una guitarra cantando, “que alegría cuando me dijeron, vamos a la casa del señor...”.

El colectivo no va a llegar nunca.

Pero va a seguir haciendo calor.

“Las luces le daban calor en la cara, el Polo muy pocas veces se había puesto traje, se sentía cómodo, tenía una copa de agua sobre el taburete en el que se encontraba. A su lado dos taburetes más habitados por una mujer gorda con un cartel que decía Norma y otro que decía Juanjo, le llamó la atención y quiso ver el suyo pero no se podía y no había tiempo.

Un conductor con peluquín se le acerca y le dice: “a ver Juan Carlos, es tu turno para responder, elegiste el sobre celeste, la pregunta es la siguiente: ¿a quién querés más, a tu mamá o a tu papá?”, el participante Juan Carlos, responde “a ninguno”, se escuchan aplausos y una música celestial. El conductor se acerca y le dice: “Felicitaciones, ganaste una caja de vino Toro”.

Se siente tranquilo, inmerso en un mundo que siempre vio de afuera, estaba en un estudio de televisión y no tenía miedo, veía las secretarias que le sonreían, tomó un trago de agua de la copa y dijo: “la otra pregunta por favor, y duplico la apuesta”.

El conductor agarra un sobre, y dirige su mirada hacia él, “a ver Juan Carlos, ¿Cuáles de estas personas merecen morir?, ¿La Negra, el Manco o tu tía?. Tenés diez segundos para contestar”.

“La Negra y el Manco”, contestó sin titubear. Los aplausos y la música volvieron a aparecer, “el premio es tuyo, Juan Carlos” dijo el conductor, “Consiste en un asado con una damajuana de vino”.

Un rayo de sol le golpea la cara, se fija en el reloj, eran las diez y media de la mañana, la Negra seguía durmiendo, pensó que si volvía a dormir no iba a soñar algo parecido.

Se levanto preparó la pava con el mate, pensó que los domingos a la mañana siempre hacía lo mismo, no ir a misa precisamente, ir al bar de la esquina del barrio a tomar un gancia y jugar a las bochas. Pero era un domingo distinto, era el mediodía de Navidad y salió para el bar, seguramente se distraería”.

Variaciones de una gorda que se mete cosas.
La gorda calma el cielo con su cuerpo y sus objetos.
Se comería el útero para no tener hijos.
Me pregunta si yo chupo conchas.
A los 19 años se quiso suicidar sin éxito, con pastillas.
A ella se la chuparon una vez con helado de frutilla.
Yo le pregunto si sabe hacer la vertical.
Ella me dice que sólo toma leche y que le gustan los gatos.
Le ofrezco volver a suicidarse.
Que no escriba poemas porque no van a perdurar,
Si son escritos por una bebedora de leche.
¡Sí fuera más linda! Un poquito nomás.

Ante el avance de los años, y la convivencia con amigos eyaculadores precoces, más de una vez sale a la luz el tema de los hijos, y las charlas son insostenibles. Yo tengo un punto de vista que no es compatible con alguno de mis amigos. La tenencia de un hijo implica una responsabilidad que yo no tengo, hay que darle tiempo y dinero.

Es un espejo para ver la forma en que uno envejece. Además uno debe tener resueltas muchas cosas, debe haberse dado todos los gustos, porque ya su vida no le pertenece más. Ya nunca más dormiré tranquilo.

La forma en que crece, si es mujer, y está muy buena, y empiezan a crecer las amigas, y vos que nunca te dieron bola las mujeres así. Sentís bronca e impotencia, y los años se te pasaron, no la hiciste cuando pudiste, y estás ahí mirando, con una gorda al lado, que te dice “mi amor la nena tiene novio” .

Ahí surge el incesto.

Si es hombre, y engancha mujeres, hace deportes y es ganador, y vos seguís mirando, te la pasaste tu vida mirando, hace lo que vos no hiciste, competís inconcientemente con él, la pedofilia golpea a la puerta.

En esta ciudad no puedes caminar tranquilo por las veredas, tenés que jugar al tejo con las baldosas rotas, los autos cuando llueve te enchastran. Son muchos motivos para no tener hijos.

Por las dudas eyaculo afuera desde hace años. Uno borracho se olvida de todo, y en un segundo es divertido llenar ese agujero con semen.

Prendo la tele, es verano, la gente en los festivales se sienta a evaluar a los artistas con un aplauso complaciente. Miran con sus caras de culo, mostrando los carteles con su pueblo o nombres. En los recitales de rock no es así, por eso fachos encubiertos los destruyen diciendo que actúan así por la droga.

Miles de sillas llenas de caras feas, enojadas. Abrigados, con termos y recipientes llenos de comida, y con su boca llena, aplauden hasta las llagas, son un jurado de incompetentes, y los artistas son evaluados a cada instante, sólo pagan para mostrar sus carteles y que los vean en la tele.

El mensaje de los artistas muy pocas veces llega.

La televisión debería ser obligatoria en la escuela. Cuando uno llega a su casa no se si la vería.

Salgo a la calle y me cruzo con el viejo de la despensa, está al lado de mi casa. Un tipo con el que nunca hablé. Pero mantengo una relación por ahí inexistente. Una vez le fui a comprar vino, y me arrancó la cabeza, un vino ordinario me lo cobró carísimo, de ahí no le compré nunca más. Voy a comprar a muchos lugares, y cuando vuelvo con la bolsa con cosas, veo que él las mira de reojo, como si quisiera ver si compro cosas que él tiene. A veces está sentado al frente de su negocio con una reposera y bajamos del edificio con envases de cerveza en la mano y él se levanta para atendernos, y nosotros seguimos de largo. Se vuelve a sentar, perdedor. Así lo quiero.

Sin un dedo para disfrutar, como el Enano.

Por ahí, él no sabe quién soy yo.

Yo le compro a Horacio, un judío perdedor que está al lado del viejo, me da fiado, hace unos lomos espectaculares y es capaz de venderme cualquier cosa.

Es un timbero que está zafando, se jugó todo lo que podía en el casino. Su mujer se le murió hace un par de años de cáncer. Ahora está en sociedad con un hijo y se queja, para él es como retroceder toda su vida.

Antes tenía una vieja que le hacía las milanesas, que se la chupaba por el mismo sueldo. Ahora está formando una pareja con una enfermera de un hospital, que no gana mucho pero lo ayuda. El lucha todos los días para no volver a timbear.

El presidente de Jugadores Anónimos pasa todos los días para llevarlo al casino. Yo paso todos los días y charlamos un rato. A veces cuando tengo un billete falso, él me lo compra.

No creo que sepa mi nombre, lo conozco hace cinco años, no lo llamo para el cumpleaños ni para Navidad, pero cuando tuve hambre, él me dio una mano.

Mi viejo también timbea. Mi viejo quiere zafar.

Tengo un insomnio inolvidable. Difícil de soportar. Propio de una incertidumbre cargosa que me atormenta más de lo debido. Si tengo que vivir despierto, lo voy a resistir. Sigo escribiendo para resistir.

Me acuerdo cuando coleccionaba almanaques. Coleccionar tiempo muerto. Y acá estoy, sin huevos para ahorcarme. Treinta años pasaron como mirar un almanaque. Un instante.

¿Hasta dónde llegará el insomnio?

Veo gente con bigotes por todos lados. Generalmente son todos policías o abogados. En la televisión sobran las publicidades de cremas antihemorroidales, ahora hay una en donde aparecen tres viejas distintas, diciendo que tomando no sé qué les crecía el pelo y las uñas, con lo que significa eso. Asqueroso. Las viejas están con la llave del nicho en el cuello.

Sos un montón de grasa y aceite. Sos para untar con una tostada. Sos relleno de manteca. Sos un conjunto de razones para no vivir.

Sos lo que yo soy.

La locura se apoderó de mi mano, me hace escribir sin parar, me hace creer un buen escritor. Realmente no sé que escribir, ni que decir, sólo transmitir una idea.

Una forma de escupir con mucha saliva, y que moje, que te secas la cara, mientras ya te tomaste el trabajo de prestarle atención a la escupida.

El subte me flasheó, me sentí poderoso ahí dentro.

La oportunidad que da el no tener miedo.

Desde que dejé de creer en Papá Noel, soy un tipo nuevo. Calzo cuarenta y tres hace seis años.

Me siento mal. Alguna vez fui monaguillo.

Los tipos en la calle chorrean humedad. Lluve en la ciudad. Pienso en los puentes, hoy caminé por ahí.

Vi mucha gente abajo, con mucha agua en el río se la van a ver mal. Mientras no llueve, es un buen lugar para zafar. Esto lo digo bajo un techo confortable y en total comodidad.

Como todo lo que uno dice del tema. Hay que decirlo, como sea.

Caminé por un viejo puente de ferrocarril. Tenía miedo.

Hay carros alrededor del río, esperan llevar cosas. Esperan, con lo que eso significa.

Un agujero en el puente Alvear, una puerta de una casa, con un gato de guardia.

Alguien dibuja ojos por todas partes.

Camino por la ciudad con el Enano, hablamos de películas, de lo mal que nos sentimos, de que con plata todo cambia. No hay que trabajar más, sólo crear y disfrutar.

Estamos sentados al lado del nudo vial Mitre, de lejos un hombre urbano nos observa como pidiendo auxilio.

Se ven las vías, no se ven trenes, nos detenemos y observamos un gran círculo de hierro “Acá es donde se dan vuelta las locomotoras ¡Mirá vos, yo pensaba que un avión las alzaba y las daba vuelta!”, comenta asombrado el petiso.

En ese lugar uno se siente poderoso, se cree invulnerable. Las luces del tráfico no te molestan, observás la ciudad de noche, con su cara de ojos pintados.

En la calle, un Jesús de Pasolini, con una corona de gramón, mira el vacío, sentado frente a un kiosco de revistas cerrado.

Tres hippies tirados en el piso comparten una bolsa con recortes de pan de miga, de una panadería triste.

Entre Paraná y Obispo Salguero, por el bulevar, hay una verdulería que es atendida por un ser mágico. Un corpulento jorobado con una melena hasta los hombros, raya al costado por la transpiración, siempre con una camisa celeste y un jean caído insinuando que empieza el culo. No mira a los clientes, no habla, sólo manosea las manzanas para las niñas rosadas como si les manoseara las tetas. Nos preguntamos qué sueños tendrá, si fue a McDonalds, si tiene una mujer que lo quiera, qué sueños tendrá la mujer. Nos emociona verlo.

Y el Enano no puede parar de fumar, está triste. Yo le digo que debe insultar, que escupa todo lo que pueda. El trabajo le hace mal, necesita libertad, es la persona más libre que he conocido.

Un croto en Santa Rosa y General Paz cortó el tránsito, no es piquetero, no es de manifestante, y había dos troles parados esperando que él pasara. Decenas de autos tocando bocinas, dos zorros grises dirigiendo el tránsito.

Solo no podía cruzar la calle caminando, y entonces lo hacía en cuatro patas. Eso es libertad.

Mis manos se hinchan de palabras, quizás debería disculparme con mis padres por no darle lo que ellos pretendían de mí.

No puedo. Sólo resisto, y sobrevivo para levantarme al otro día.

Amo esta ciudad cuando llueve.

Tengo la panza hinchada con agua, me lavo los dientes y la sangre se mezcla con el agua.

Yo quería ser escritor.

“Pasaron las fiestas y había que volver a laburar. El Polo cuando estaba mucho en su casa se aburría.

Sólo que estaba el Manco. Era temprano cuando llegó, dejó la bicicleta como siempre. Pusó la pava, el Pelado cayó con el diario, charlaron de cuánto habían tomado. El Pelado para las fiestas sacaba una copa de medio litro y se la llenaba de vino, y sacaba el grabador al patio y escuchaba tangos toda la noche hasta dormirse. A eso el Polo lo sabía, casi no lo escuchaba.

Los interrumpe un dirigente para comunicarles que el Manco no estaba más, que el Club iba a ser gerenciado. Llo iban a convertir en una empresa y el nuevo dueño los quería conocer.

Hablaron con el nuevo dueño, les dijo que él los quería por su experiencia, pero las cosas iban a cambiar, se les iba a pagar en término, pero tenían que resignar su antigüedad y su deuda. En la reunión también estaban Pepe, Roberto, la lavandera, el utilero y el masajista.

También les dijo que el Polo iba a estar a cargo de todos.

Aceptaron.

Pero no acertaron, las cosas no iban a ir bien.

A la semana cumplía los años el Pelado. Hicieron un asado en la cancha. Arrancaron con cinco cajas, como siempre, era temprano, como las siete de la tarde. Comieron una faldeada fiada, tenían unos pesos que guardaban para cualquier cosa. Les habían dado un vale. El único que siempre andaba seco era el Pelado, pero tenía la camioneta.

Se acabó el vino y era temprano.

Se miraron, la chata estaba en marcha. Los tres arriba mirando hacia adelante como caballos con anteojeras.

A diez cuadras había un bar que no conocían, pidieron tres fernet con coca, en la tele estaba el canal porno, y entraba y salía gente a cada rato.

Al rato entró un travestí a comprar un lomo con poco aderezo, los tres se miraban, tenían ganas de cargarse.

Tomaron varios tragos más, el Pelado no daba más.

El Polo empezó a llorar, no desconsoladamente, le caían suavemente las lágrimas, los ojos iban cambiando de color, generaban peligro, de verde a rojo.

El Pelado borracho le preguntó qué le pasaba, Pepe lo miró al Pelado, insinuándole en qué terreno se metía.

El Polo tuvo ganas de hablar”.

Entro al baño del trabajo, hace como un año que no hay luz. Rodeo el mingitorio con las manos, esa cosa tan perfecta para mear, apoyo la pija en el cerámico blanco y sale el ansiado chorro.

Antes había una vela, ahora ni eso. Corro el riesgo de mojarme los zapatos. Cuando envejezca voy a tener más posibilidades de hacerlo.

En la oscuridad no sabés qué te podés encontrar, desde papeles sucios, manchas de bosta y charcos húmedos de orina.

Una sola vieja limpia todo, ahora no está. Está quebrada en la casa. Otra víctima de las veredas de esta ciudad que nos obliga a jugar al tejo todos los días.

La gente no tiene escrúpulos para ir al baño. Yo veo a los gordos de acá, la forma en que cagan, con su diario abajo del brazo, su papel, y salen del baño sobándose la panza y sonriendo. Con olor a bosta hasta en el aliento.

Hay un enano que trabaja de seguridad, anda preocupado porque caga sangre y no le dan plata para los medicamentos. Es como el pastor mentiroso, se creen que se hace el enfermo para irse a su pueblo y faltar un par de días al laburo, cosa que ya había hecho.

Es muy simpático con los chicos, demasiado para mi gusto. Llega una persona a preguntar a dónde probaban chicos para fútbol, viene con una nena de seis años. El la agarra y se la sienta en la falda, le habla con balbuceos infantiles, ridículo. Le grito, “deja esa nena que la vas a contagiar”.

Es un ex merquero muy sensible. Me insultó y se fue.

La hora es cada vez más pesada. El calor no afloja. Las nubes van cambiando de forma y color.

El enano me hizo acordar a un viejo que laburaba conmigo, un jubilado del ferrocarril. Caía todos los días transpirado, la espalda era agua nomás. Decía que le dolía la espalda. Todos pensamos que era de viejo, o de estar sentado.

Después iba a una masajista, que era una pendeja con una mano bárbara según contaba. Al principio no nos llevábamos bien, ya que yo venía a manejar una computadora y se abolía todo un viejo sistema que él manejaba. Con el tiempo nos soportamos, de vez en cuando me decía “ya me voy a poner así me enseñás”, ¡Cuándo quieras! Le decía yo sí querés ahora, ¡No, no, después!, y así zafaba de ese progreso que le daba miedo.

A los dos días no vino a trabajar, la hija me habla por teléfono y me dice que murió. Leucemia. Le había comido la médula.

Esa esbelta figura de robusto ferroviario no la voy a olvidar nunca.

Me acuerdo de Assunta, un pueblo de ochenta personas, donde dejás de ser un habitante para ser una persona con nombre y apellido. Eso ocurre en los pueblos.

Habíamos ido a ver un bar viejo, tomamos un par de cervezas y se venía el agua.

En el llano se observan las nubes yendo y viniendo, colores majestuosos con relámpagos con piel de escarlate.

Entramos a un almacén de ramos generales, de los que no quedan. Había una hermosa anciana detrás del mostrador, acompañada por botellas de ginebra y licor en el lomo.

Le pregunto, ¿dónde está el cementerio?, Sonriendo dice, “acá no hay cementerio”. Cuando salí miré a su jardín o en el patio a ver si veía una cruz o una tumba. Nada, sólo flores.

Me di la vuelta y pensaba que en ese pueblo la gente no moría. Con Manuel y mi hermano, sentimos que el efecto placentero de la cerveza había sido sustituido por el de la sensación de respirar.

Prefería pensar eso, no en que a los muertos se los comen, se los dan a los chanchos o a los gatos, o que nadie muere y son inmortales.

Mi relación con el consumo está rompiéndome las pelotas.

En la cola del supermercado veo un viejo con un peluquín rubio, muy desprolijo. Preocupado como si a nosotros nos molestara verlo sin pelo. El cajero me mira la billetera para ver con qué le voy a pagar. En la cola de siete productos se mete una vieja con veinte cosas y nadie le dice nada.

El carnicero, un capítulo aparte. Estaba en un bar con un amigo, y vemos un borracho que nos señala, volteamos la cabeza, y nos dice, “ahí están esos dos, que van a comprar carne y están siempre serios”. No sabía que se había formado una relación con él. Cuando lo veo en el súper, no se acordaba de nada. ¿Qué pasa?. Te los cruzás todo el tiempo en la calle; al del video, al verdulero, al del cyber, y te miran para saludarte y no te une nada, sólo el hecho de comprar. Y lo que me molesta más, es que no me tutean, pero en cualquier momento sabés que te invaden con alguna pregunta personal.

Esta ciudad se ha vuelto muy pequeña para mí, uno no puede pasar desapercibido fácilmente.

En el pueblo había un personaje, que era grandote, bien negro y canoso, le decían “negativo”. Yo lo relacionaba con lo terco, porfiado, nunca pensé que era por la fotografía. Al tener esa

impresión yo lo respetaba, y cada vez que lo veía me llamaba la atención. No era un personaje popular, nunca en años le había escuchado la voz, ni había compartido reuniones. Siempre pensaba que era pariente de alguien pero no sé de quién.

Siempre quise hablar con él, me parecía solitario.

Una vez salí del boliche con una chica hermosa, estaba en ese estado hermoso de cuando alguien empieza a besarse, quería ir a un sitio oscuro, y a ella se le ocurre comprarse un choripan. Va a la parrilla, lo pide, yo miraba para otro lado, quería que ese momento terminara rápido. Veo que se demora, me doy vuelta para ver, y había un viejo canoso charlando como si estuvieran tomando mate, una máquina de sacar temas de conversación. Noté que él estaba más excitado que yo.

Era el negativo.

Qué momento para empezar a hablar. Qué tipo pesado. La impresión que tenía de él se fue al carajo. La agarro del brazo a la mina, y nos vamos. Cuando me estoy yendo el canoso me agarra del brazo, me guiña el ojo y rebuzna: “está linda la pendeja”.

Gracias no sé a quién, que no había hablado antes con él.

Hubiera perdido tanto tiempo.

La mina era de Junín, nunca más la vi. Le metí el dedo al frente de la casa de Silbido Labori. En esa época bastaban pocas horas para calentarme en serio.

Es el único trabajo que elegiría en la vida, estar con mujeres.

En mi trabajo los temas recurrentes son los arreglos de la casa, los gastos que produce tener un automóvil, la farándula, alguna que otra muerte y sobre todo fútbol.

Todo el tiempo poniéndole precio a las cosas, el litro de nafta a un peso con cincuenta centavos, la hora de trabajo a dos pesos, veinte minutos con una puta a veinte pesos, la entrada al cine tres pesos con cincuenta centavos, un kilo de hígado a dos pesos. Y así sucesivamente.

Llego a mi casa y me asomo al balcón a escupir gente, pasa un pelado y le erro, un policía que le cayó un poco en el brazo, pero seguía intentándolo; pasa un pendejo bien vestido y le erro. Quería escupir, ya me daba por vencido y me juego la última carta, venía un paralítico y le apunté: le acerté en las piernas.

Me sentí bien.

Me sentí mala persona.

Cuarta víscera

El asco se siente ganador

Alberto Bocachi.

El es un periodista ante todo, y ese su trabajo.

Lo remarca a cada rato. Mientras tanto saborea cualquier brebaje con alcohol con pasión.

Alberto podría escribir tranquilamente “Genealogía de cómo armar una discusión”. Es su fuerte.

Se puede estar hablando de cualquier cosa, y él encuentra un tema clave y arranca con una pregunta que es un latigazo para sus interlocutores.

Y arranca la polémica, lo que él adora.

Vamos al bar donde tenemos nuestra mesa, y él se acomoda, pide la carta.

La mira un rato y pide lo mismo de siempre. Los mozos lo conocen.

Viene el santiagueño que labura en la cocina y lo gasta.

Busca el diario y se pone a leer las columnas de política.

Bocachi ya empieza a tomar.

Estábamos charlando cosas muy importantes como qué íbamos a tomar, o qué dominado por las mujeres estaban algunos amigos nuestros, o a quién íbamos a votar.

Me contaba que en la adolescencia había estado en la Fiesta de la Tutuca. Lo felicité.

A Bocachi se le endurecen los pezones cuando habla de política.

Mientras se acerca un gordo de camisa negra y una carpeta, a saludarlo y decirle que él quiere que le escriba el prólogo para un libro de poemas.

Él le dice que sí, que después se van a ver, así le pasa el libro.

El gordo se va y se sienta en una mesa sólo.

Lo observamos. Está sólo. Se pone a escribir.

Lo dejamos y seguimos charlando de porqué se peleó Rial con Carmen Barbieri, y de la gente que llama por teléfono a Radio Diez y que números íbamos a jugar al Quini.

Me cuenta que estaba por empezar una nueva dieta. Pero de esas que son recomendadas por las novias, él no se sentía conforme con su cuerpo. En realidad, es de hombros chicos, y todo el cuerpo le cae de golpe sobre la panza, que para ilustrarla tiene una cicatriz digna de una cesárea. Generalmente esas dietas le duran una semana cuando mucho, después vuelve a lo que le gusta, comer y beber.

Pero en sus dietas es patético, come lechuga y gaseosas tónicas. Hasta la llama a su mujer, “gorda, ¿qué puedo comer liviano?”, es patético. Pero le dura poco.

Miramos nuevamente a la mesa del gordo, y el mozo le trae un litro de Coca Cola Light.

Bocachi interrumpió su trago y dijo: ¡ah, bueno! ¿No se irá a quedar con el pico caliente?

Él sueña una ciudad que no existe, con galerías mágicas que penetran el centro, con kioscos con personajes pintorescos que lo llaman por su nombre, con bares inmortales, y él la camina y la visita.

La Galería Norte sacude su debilidad, con miles de puestos electrónicos, vendedores ambulantes, y la magia de poder conseguir cualquier cosa.

Desde una caja con quinientos forros, un control remoto, una remera falsa de Paco Rabanne y un disco pirata de La Mona Jiménez.

Es una de las pocas galerías de Córdoba que tiene salidas por las cuatro calles, es un pulpo de cuatro brazos tapado de cemento.

Lo que nos une es que los tres, con el Enano, compartiríamos la vida con Calígula y Baco.

Jugar al Quini para zafar de perdedor es como cada vez que salís a la calle, ves la gente tirar basura y te ponés a juntar los papeles tirados en el piso y los metés en un cesto.

El que me vende la boleta del Quini es un flaco hermoso que cada vez que me voy me dice, “nos vemos en el banco”, y la esperanza es hermosa.

Es una cruzada difícil, como que alguien deje de ser boludo.

Y renueva expectativas cotidianas, de que uno no va ser el mismo toda la vida.

No es como comprarte una casa y pasarte la vida arreglándola para que después la disfruten otros.

Ya sos viejo.

En este país los mejores autos los manejan los viejos.

Alberto dice, “nunca pensé que la solución estaría ahí”.

San Martín y Rosario de Santa Fé.

Cabildo, Plaza San Martín, gente, ciegos, turistas.

En la peatonal hay un ciego con una mesa de madera, llena de relojes digitales, hay tres o cuatro que están sonando todo el tiempo, las diez o doce horas que él esta ahí. Despliegan un sonido penetrante e inquisidor.

Uno pasa quince segundos caminando al lado, y agarraría un martillo para destruirlos.

Hay trabajos ingratos. Él debe soportarlos todo el día.

Me acuerdo de alguien que me contó que había ido a New York a probar suerte, a laburar y cobrar en dólares, y agarró una manguera y les lavaba el culo a luchadores de sumo.

Un tipo con muchísimos dientes me cuenta un chiste malo. Y se ríe sólo.

Hay un gordo al que la mujer le regala remeras de colores muy fuertes.

Rojo, rosa, fucsia, morado.

No te dejes agarrar por las mujeres de maniquí.

En nuestra vida debería haber un momento en el que suenan miles de despertadores, todos juntos, que aturden y no debas volver a dormir.

Y seguiremos asistiendo a cumpleaños, casamientos y bautismos.

Y seguiremos comprando cosas que no necesitamos.

Roncando, vomitando.

A veces me siento poderoso en McDonald's, tomo un helado y soy el mejor.

La esquina tiene cuerpo de murmullo. Hay que escuchar las voces.

Un gordo ciego con una guitarra canta una cueca demasiado triste, y a veces grita muy fuerte, "colaboren con una moneda señores por favor", él vende.

En la esquina, dos tangueros frustrados vociferan los números de una lotería con suerte para pocos.

Un borracho peleándose con dos perros, le dice al mundo "Viva Perón aunque me cague de hambre".

Una voz suave de infancia invita a comprar pulseritas de colores.

El trabajo que hago en el club no es sencillo. Cada vez que arranca un campeonato atendemos a miles de personas que vienen a asociarse. Quieren ver a su equipo preferido de fútbol. Vienen con sus hijos y mujeres. Se someten a colas agobiantes. Pagan plata que no tienen.

Saben que la gente que maneja el club, es representante de la corrupción, que roban y son inoperantes, pero su amor por la camiseta lo justifica.

Pero mientras tanto yo escucho sus quejas e insultos.

Generalmente en épocas claves, como el comienzo de un campeonato llegan todos juntos una cola de doscientos metros, con mil personas esperando.

Yo estoy en un box, con una computadora, tomando datos y mirando sus caras.

Algunos provocan diciendo, "mové las manos". A mí me causa gracia.

Estoy sentado y una cola de doscientas personas me está mirando todo el tiempo. Perdí la vergüenza.

Estoy atormentado de nombres y caras.

Rostros que me sonríen, algunos ni me miran, otros hasta el hartazgo.

En ese momento, intimidado por las caras, atendiendo a un socio que me intentaba insultar, suena el teléfono. Era Verónica, que me decía que yo le había arruinado la vida, que era un hijo de puta.

Corto el teléfono y le digo a un gordo perfumado que me intentó tratar mal, que no me rompiera las pelotas, que si yo tomara las decisiones no estaría sentado ahí. Pidió disculpas y se fue.

Estamos alrededor de doce horas atendiendo y después vamos al estadio.

Tenemos una ventanilla en las boleterías, ahí caen en otro estado, generalmente borrachos o drogados, como yo quisiera estar, pero estoy del otro lado.

Todos vienen a insultarte y quieren ganar algún tipo de beneficio.

Una vez un negro quiso entrar con el carnet de otro, se lo saco, y se queda mirándome con unos ojos asesinos, diciéndome "yo no me voy a olvidar de vos, te voy a matar".

Yo a esas cosas no las descarto, si hay que empezar a matar habría que hacerlo así, yo mataría un cajero del supermercado y a una colorada del video club.

Yo sé que puede pasar.

El fútbol es un deporte que despierta una impotencia violenta. Sos un gordo sentado en una tribuna gritando a jugadores y técnicos, instrucciones de jugadas y situaciones a resolver, y cuando no salen insultás muchísimo.

Realmente me da asco.

Observo a la gente, son feos, miran desde un lugar que se sienten mejores, y en realidad son unos fracasados que nunca hicieron nada bien. Veo a un gordo sin dientes con las piernas hinchadas y de muletas, que le dice fracasado a un técnico. La ironía, el técnico estudió, se sacrificó como jugador, tiene un nombre y un status social. Y el gordo debe pedir ayuda para levantarse de la silla. Yo respeto la necesidad de insultar de vez en cuando, pero el exceso es repugnante.

Una familia con su niña down, disfruta del partido, la familia grita e insulta, la nena se tapa los oídos no soportando los silbidos y los insultos.

Ademanos, manotazos, lamentos, llantos, diferentes modos de sentirse derrotados y finalmente puede servir disfrutar con la derrota del cuadro rival.

Y en el mundo hay una guerra por el petróleo.

La bomba nunca les enseñó nada.

“El Polo sabe que si habla, las cosas no van a ser las mismas con Pepe y el Pelado. Por los prejuicios y los miedos a lo que hablan de uno.

Pero presente que nunca más va a ser el mismo.

En el laburo nada cambió, él estaría a cargo, pero a él lo vigilarían más que a los otros.

Y él sabía que no tenía pasta de jefe.

Se había acostumbrado demasiado a que lo manden.

El primer día en su nueva función no sabía que decirles.

A Pepe lo mandó a limpiar los baños. Pepe lo hacía habitualmente y muy bien. Pero era un lugar al que no quería ir nadie.

Se disputaban trabajar en la cancha. Había como una competencia interior.

Los baños deberían ser limpiados sólo por mujeres, pensarán en su interior.

Pasaron unos días hasta que la emoción de los nuevos jefes se calmó. Ya se aburguesaron, y volvieron a ser los de antes.

Un día cae el nuevo jefe a la mañana, lo ve al Pepe y a Polo leyendo el diario. No les dice nada. Se va.

Vuelve a la hora y los dos seguían leyendo el diario.

Los llamó a su oficina y los echó.

Ninguno atinó a pegarle. Ni a rogarle disculpándose. Sólo pensar que era mentira. Que la calentura se le iba a pasar al jefe.

El Polo muy en su interior pensaba que nunca lo iban a echar. El era el dueño de las llaves y eso lo hacía poderoso. Se dejaba su vida en esa cancha.

Pasaría a ser un resentido en contra de su club. Desearía que pierda para que les vaya mal a los dirigentes que lo echaron. Eran sus enemigos. Los que le quitaron todo.

Se fueron con Pepe y se chuparon todo. Pensaron que al otro día los llamarían. Nunca llegó ese día.

Los dos se juntaron y fueron al Ministerio de Trabajo a luchar por sus años en el club, esa deuda a la que renunciaron.

Uno hacía cola y el otro chupaba en frente. Se pasaban la caja de vino junto con la sed.

Los pesos que les habían dado se fueron agotando y había que chupar, antes que comer.

La Negra había conseguido laburo en una parrillada. Lavaba copas y cocinaba. El Polo sabía ir a tomar vino que sobraba de las mesas y algún que otro pedazo de carne.

El Polo estaba cayendo. Nunca pensó quedarse solo en su casa y sin su club.

Las cosas con la Negra mejoraron. Ella trataba de contenerlo. No le pegaba más. Le daba plata para el vino y los puchos. Trataba que comiera, como una enfermera.

Se tenía que juntar de nuevo con sus amigos. Quedaron en verse en el bar del travestí, como ellos lo recordaban.

Tomaron mucho fernet, se contaron sus cosas y arrancaron a hablar del club.

El Polo empieza a lagrimear. Y cada vez se hace más intenso.

Les dice que el irse del club fue la peor cosa que le pasó en la vida.

Y puede decir eso, ya que hasta ahora lo peor había sido subirse en un colectivo equivocado.

“a ver saquesé todo eso que le hace mal Polo”, vocifera como un abuelo el pelado.

El Polo arranca su historia sintiéndose contenido.

Venía en colectivo con la maestra desde Alta Gracia, venían de pasar un día de campo hermoso. Ya les había hablado de ella.

Era el atardecer de abril de mediados del setenta. El no era bueno para las fechas, así que no recordaba bien.

Se acuerda que venía hablando con ella, de que sería lindo vivir en el campo, criar animales, tener hijos, andar a caballo.

El Pelado y el Pepe lo escuchan atentamente, mientras piden otro fernet.

La charla se ve interrumpida cuando el colectivo frena bruscamente. Suben tres milicos.

No venía mucha gente, eran unas diez personas. Unos de los policías pregunta: ¿viene Nonato Navarro acá?, hablen. ¿Quién es Nonato Navarro, carajo?. Nadie respondía. Sólo una mujer dijo que no lo conocía. Los cargaron a todos en una camioneta. Nadie se resistió. Sospechaban lo que pasaba en el país, pero nadie se lo tomaba demasiado en serio, quizás por la ignorancia. Creían que era una cuestión política.

Él dice que lo llevaron a un lugar parecido a una escuela, no veía bien. Los meten a los diez en una pieza. Y se empiezan a llevar de a dos. La primera fue su maestra.

No volvió más.

Él gritaba. Preguntaba a donde estaba, nadie decía nada. Sólo amenazas de tortura a cambio de silencio.

Y él no podía parar de gritar, eran tres días sin saber nada y para él eran como diez años. No podía pensar en nada más. Vocifera, mientras se toma un trago de fernet que le acerca el Pelado.

Al otro día temprano, caen dos milicos y lo llevan, incitándolo a que siga gritando. Al ser alto, lo hicieron sentar en una silla, le ataron unos nudos en los tobillos, le pegaron un par de trompadas y lo hicieron acostar.

Ataron el final de la cuerda al paragolpes de una camioneta, eran dos milicos, les habían dado la orden de que lo soltaran, pusieron en marcha la camioneta y lo arrastraron por un camino de tierra, cerca de quince minutos.

Luego lo dejaron tirado en una cuneta.

El Polo se saca la camisa y les muestra a sus amigos las manchas y cicatrices que lo acompañan desde ese día.

“Siga llorando, Polo”, lo consuela el pelado.

Pepe lo abraza y lo mira no entendiendo nada.

“Sabía que los milicos eran hijos de puta, pero no tanto”, escupe el dueño del bar, que estaba escuchando. “Y yo que quería mano dura”.

Quinta víscera

¿Quién te dijo que yo no tengo miedo?

Duermo con la luz prendida, con la radio prendida aprendiendo a respetar el silencio.
La música no lo destruye, lo acompaña.
Las voces generalmente son molestas, los timbres de voz aturden.
Las mujeres en su gran mayoría tienen voces insoportables.
Mechita me habla y a mí se me cambia la cara, me corren unos fluidos por el cuerpo, que vuelven a mi diccionario palabras como hermoso, fascinante e impresionante.
Me dice por teléfono, en voz baja, que está con el novio y que me va a matar, y su voz es música para mis oídos. Me la imagino sentada al lado del teléfono, con un pijama suelto que le marque algunas partes del cuerpo, con un perfume suave, con la piel lisa y limpia, pensando en mí.
Me dice que le duelen los pies, y yo le daría miles de masajes.
Me cuenta que me tiene en su diario íntimo de los quince años, habla de lugares nuestros y se refiere a nuestra breve historia como una relación. Fueron unos besos hace unos diez años.
Me cuenta que le molestaba verme con chicas y a su vez ella no quería estar conmigo.
Había una considerable diferencia de edad, nueve años. Ahora eso no existe.
Estamos hablándonos de nuevo.
Me pregunta ¿Y vos como estás?, con una voz de locutora de medianoche que me hace olvidar de todo.
Es una mujer hermosa, de esas que cuando entra a un lugar todo el mundo se da vuelta para mirarla, que sabe caminar, tiene clase y sonríe cuando debe hacerlo.
La primera vez que la besé tenía mal aliento, no fue un motivo para olvidarla, creo que le molestaría leer esto, pero es la mujer con la que más desee estar.
Y somos tan distintos, ella ama la vida, los chicos, es maestra jardinera, canta en la iglesia, calculo que debe comer hostias de vez en cuando.
Pero me hace tan bien.
Los chicos la miran llegar, ella con su sonrisa les impone el silencio. El buen silencio.
Ese es el que uno detiene el tiempo para disfrutar de las cosas ordinarias que lo rodean.
La observan y sueñan con que no se vaya nunca.
Ella abre un libro y les cuenta una hermosa historia, tan linda, que la vida debería ser como en un cuento, con finales felices. Sin grises.
Las paredes se visten de rosa, nadie deja de sonreír.
En ese lugar no existen guerras, ni enemigos, ni intereses personales.
Sólo la sensación de sentirse feliz.
Ella con su aureola de hada madrina cierra el libro y les pregunta a los chicos si les gustó el cuento.
Los chicos sabían que la película terminaba y pidieron otro cuento.
Ella con la voluntad de una enfermera y el amor de una misionera, les regala una hora más de su tiempo.
Y todo es fantástico, como si después de eso, sólo existieran cosas hermosas.
Como ella. Con su escudo de flores, con su aroma a mar, con su pelo de trigo.
Ella está cerca. Ella es Mechi.
Mechi le canta canciones de cuna a los ángeles de la guarda.
La imagino como a la madre de mis hijos, nunca pensé que en mi vida llegaría el momento en que diría “esta es la mujer de mi vida, esta es”.
Sólo falta que ella quiera estar conmigo.
Voy a hacer lo imposible para conseguir eso.
Cuando la conocí creí que me había desviado en un sueño.
Todos tenemos que desempeñar un papel para bien o mal.
Hay otras fuerzas actuando en el mundo además de la maldad.
Cuando nació no lloró, sólo sonrió como lo hacen los bebés hermosos.
Todos los que la miran caen bajo su encanto y no se vuelve a saber de ellos.
Algún enamorado le habrá regalado su estrella más amada.
Y tendría ganas de contarle que me encantan los himnos de guerra, son tan emotivos y musicalmente superiores, los compositores los creaban con el sentido de que, esa música celestial se introdujera en la cabeza y todos se tranquilizaran, y nadie fuera a pelear.
Pero el arte no está hecho para los asesinos. Perdieron ese sentido de la sensibilidad.

Si ella me lo pidiera volvería a la iglesia, me enamoraría de su fé, comería hostias, cantaría y rezaría, no por convicción, sólo por ella.

Me casaría por iglesia, tendría una torta con parejita y todos las mujeres tirarían de la cinta para ver cuál es la que se casará pronto.

Mientras tanto la mujer de cara de gallo perdió el hijo que esperaba, él guardó el feto en un frasco y lo dejó en el baño, su hijo de cuatro años lo vio y salió corriendo vociferando: "un bicho, un bicho".

No le va a alcanzar la vida para explicarle

El Enano me rompió una cruz con un ojo en el medio que significaba mucho para mí. Estaba en un maniquí, y el viento lo tumbó. La cruz cayó y rompió.

La nariz me chorreaba con agua, no estaba resfriado. Pero me goteaba sin parar. Un negro que jugaba al fútbol conmigo me había invitado a comer a su casa, vivía en Barrio Ciudadela.

Una vez casi nos habíamos cagado a trompadas, pero hacía mucho. Después el alcohol nos amigó. Vivía en un pasillo largo donde había tres departamentos bastante deteriorados, pero cálidos. Entramos a su casa, un living cocina chico, y empezaron a salir personas de todos lados, mujer, hijos de la mujer, hijos de él, como seis o siete personas. Sacó un vaso grande de cerveza y nos sirvió vino blanco de caja.

Yo había ido con Pachi, mi hermano. Estrenaba su nueva cicatriz.

En la televisión se veía un partido de fútbol. No se veía bien. Era cable robado y había interferencias.

Había una parrilla que nos intimidaba con unos kilos de carne encima. En la mesada había una especie de ensalada lista para ser preparada, había un cierto clima de asado que me fascina.

Las preguntas de rigor, laburo, novia, fútbol, recuerdos, hay que sobrepasar eso, y después las conversaciones mejoran, siempre gracias al alcohol.

Me voy a poner un camisón rosa, unas pantuflas y unos ruleros en la cabeza, y voy a salir a la mañana a hablar con las viejas, a barrer las veredas y despertar al mundo del chisme.

Después de un par de vinos, los chicos se fueron y quedamos con él, la mujer, Pachi y yo, hablando de que la ex - mujer lo engañó y la historia con los chicos. Justo cae el más chiquito. Y le hablaba delante de nosotros.

Realmente aparte del vino, son pocas cosas las que nos unen.

Sólo la derrota, el medioambiente y el deseo que cambie, sólo eso nos une.

Me preguntan con curiosidad por que no tengo pareja.

Les doy un alegato, que cualquier soltero pagaría lo que sea por tenerlo.

Y era sólo una pregunta para generar conversación.

No me imagino el resto de mi vida así, algo debe cambiar.

Me miro en el espejo y veo a un gordo que hace diez años se echaba gel en la cabeza, o se teñía el cabello para presumir en un boliche.

De todas formas tu mamá se encarga de peinarte con raya al costado durante diez años seguro. Si no te rebelás te peinas el resto de tu vida así.

Con mi tiempo libre no van a poder.

Uno es auténtico cuando más se parece a lo que ha soñado para sí mismo.

"Ya se había sacado miles de años de encima, se sentía más liviano. Más tranquilo de haberse liberado de todo eso que lo lastimaba tanto. Pensó que ya no lloraría.

La Negra esa mañana lo esperó con el mate y unos criollos, le dijo que estaba embarazada. Después de tantos años él sería padre.

Y un escenario de imágenes de su vida se le pasaron por delante, le pondría Juan Carlos, lo besaría tanto, le enseñaría a andar en bici, le hablaría de Kid Ingrassia, le daría cerveza, lo haría jugar en Racing.

Cuando pensó eso le dio un poco de bronca, pensó en otro club. Pero se dio cuenta que lo que le pasaba era demasiado hermoso para pensar en cosas que le duelen.

Sólo la abrazó a la Negra y la alentó a seguir.

La panza fue creciendo, como las expectativas.

De vez en cuándo se veía con los amigos.

A la cancha no volvió más.

Sólo salía al Ministerio de Trabajo, un organismo que ilustra la tontería de la burocracia, reclamando lo que era suyo.

Después dormía eternas siestas adiestradas por el vino.

Las carcajadas lo despertaron, no sabía que pasaba, estaba sentado en una tribuna junto a tres o cuatro viejas, las observó y se descontracturaban a carcajadas. Y él se reía también. No sabía por qué, sólo lo hacía. Empieza a mirar alrededor, ve otra gente que no se ríe, ve un estudio de televisión donde hay una mesa de bar y hay dos gordos contando chistes de judíos, y en cada remate de los chistes le muestran un cartel que dice: "Risas", y él con las viejas deben largar una carcajada muerta que se estrella con unos cartones viejos que sirven de decorado.

Por momentos se siente parte de algo, es útil. Una de las viejas lo mira y le sonrío.

No diferencia las risas.

Siente un portazo y la risa termina, se despierta. La Negra había llegado del laburo".

Víspera de Pascuas. En la ventana del bar la gente se desnuda. Nos miramos y el vidrio nos traspasa.

Una vieja caminando con unas zapatillas deportivas con las lengüetas afuera.

Arrastrando los pies, revisando los tachos de basura. Demostrándonos a todos en lo que nos convertimos. Estoy con mi vieja y mi hermano. Hablando del pasado inmediato familiar.

Con un vestido floreado, alegre, con el que se limpia delicadamente las manos después de hurgar.

Pienso si tendrá nietos. Nadie la mira.

Siguen hablando y bebiendo. Nadie se distrae, a ver si tenemos que pensar.

Ese vestido seguramente alguna vez la hizo hermosa.

En el tacho no hay nada interesante parece. Sigue caminando mirando abajo. Se agachó demasiado.

No creo que pueda volver a levantarse. Sólo deja de dormir para ir a laburar.

Con la vergüenza de dejar la dignidad en la almohada.

En este país que la gente vota con el mensaje televisivo, que nadie mira más allá de su interés y comodidad, donde todos quieren calzar cuarenta y nueve para pisar al otro, hay que votar nuevamente.

Hay un viejo de setenta y dos años, casado con una chilena embarazada cuarenta años menor que él, que insiste con seguir robando, un bizco con una mujer hermosa y un manco que acarrear con un eslogan "queremos un país en serio", un hombre perro con un discurso de mano dura, una gorda fanática religiosa convincente y el resto. Nosotros somos el resto. El resto.

Y uno se imagina un país.

El futuro de la Argentina.

Víctor Heredia cantando Sobreviviendo. La gente en Cosquín con carteles luminosos con su apellido y el barrio donde viven. Pepe Cibrián presenta "Menem Superstar".

Un robot con la cara de López Murphy gruñendo instrucciones. Mario Pereyra en altoparlantes en toda la ciudad diciéndonos qué hacer y pasando música disco de los ochenta.

Gente que trabaja de manifestante por un kilo de pan, marcha todos los días con puteadas grabadas.

La gente en la calle con botines de fútbol para patear al que sea.

La ciudad es una gran villa miseria llena de basura custodiada por cumbieros drogados con Migral y Coca Cola (la bebida oficial y obligatoria).

Las discusiones se arreglarán con duelos, al truco y a resistencia de patadas en el culo con los súper botines que da el Estado.

León Gieco le seguirá rogando a Dios con una Mercedes Sosa congelada.

Grondona hará un programa desde EE.UU., Lanata desde una cárcel de alta seguridad criticará al gobierno y Hadad conducirá el canal oficial.

Lanata con un microchip que recibe descargas eléctricas ante una palabra incorrecta.

Baby Echecopar y Ronnie Arias serán los bufones del gobierno, y ordenarán matar a gays y travestis cuando los señalen.

Los veteranos de Malvinas serán viejas estrellas de cine. El fútbol será prohibido por violento y profano.

La democracia será abolida y el robot gruñe instrucciones de tres monos que pasaron un test de inteligencia en un programa de entretenimiento.

Las mujeres sólo cogerán por dinero virtual. Se prohibirá el nacimiento de bebés de más de tres kilos y no se podrá tener más de uno. En caso de más, se los meterán en picadoras de carne gigantes, al igual que a los viejos mayores de sesenta.

Al trabajo lo realizarían policías retirados y retardados previamente.

Cada dos años se fumigarán cárceles y manicomios. Los cementerios se abolirían. Habrá cloacas con cruces en las paredes. Nadie bajará. Se prohibirán los relojes. No más cumpleaños.

La basura dividirá las clases sociales.

La especie humana se destruye. Y yo junto con ella.

Pienso en las mujeres de mi pueblo.

Se casan embarazadas a los veinte años fingiendo estar enamoradas.

Se llenan de hijos como de granos.

Se cultivan mirando las novelas de la tarde, y sueñan con lo que no pueden ser.

Se lavan la cabeza en la pileta de la cocina, como los vegetales.

Coleccionan en su memoria casamientos, bautismos, cumpleaños y comuniones.

La envidia las lleva a presumir con vestidos usados y tristes.

Se fijan en otros hombres, generalmente los solteros. Y los que a ellas les gustan, le recomiendan a su marido no frecuentarlo por mala influencia.

Su nivel de histeria crece junto con su patética derrota.

Van engordando junto con su marido, y su arrepentimiento tiene cuerpo de grasa.

No se separan porque no sabrían como empezar de nuevo.

Ellas alegan que es por sus hijos. Y de vez en cuando se las cogen.

No es tan malo, piensan. Y fingen sentir placer.

Siguen coleccionando tiempo perdido.

En algún momento fueron jóvenes, se imaginaron sentirse amadas, viajar.

Ahora tienen sus neuronas secas como sus manos, de lavar y cocinar. Los ojos ya no les brillan.

Están resignadas a vivir con lo que no pudieron ser.

Y sus hombres maridos se dan el lujo de llamarlas brujas.

Y ellas se levantan a las ocho a barrer la vereda.

Como si pudieran barrer todo lo que les pasa.

Yo las respeto.

Yo no las hubiera dejado llegar a eso.

En lo que me convertí se lo debo todo a las mujeres, ellas me arruinaron la vida, me enseñaron a mentir, a odiar y sobre todo a necesitar.

Estoy sentado en una mesa en la pizzería San Luis, estoy con Pachi. Tomamos una cerveza y comemos la mejor porción de pizza de nuestra vida. Y hablamos de todo lo que nos une como hermanos y amigos.

Es un salón grande y largo, el televisor muestra un partido de fútbol, hay varias mesas alrededor con gente sola, con su vaso de vino y su porción de vida.

Los temas fluyen como los mocos de un resfriado, una especie de cocodrilo marrón vigila desde lo alto de una pared. La cerveza está caliente pero no importa, la segunda quizás este más fría.

Desde una mesa grita un señor de peluquín marrón: "Quasimodo, ¿qué te debo?", y detrás de la barra sale un mozo rengu, con una pierna a la rastra con el pedido.

Todo está en su lugar. Adelante hay un puesto de quiniela, invitando a la tentación de la suerte.

En un costado veo a un gordo que una vez me puteó en la cancha, estaba esperando unas pizzas, luego no lo vi más. Hablábamos con Pachi de nuestro viejo, de los dientes, los pelos de la nariz y de lo que no había sido para nosotros.

Vuelve el gordo con una camisa azul fuera del pantalón y se sienta en la mesa de al lado, trae dos platos con porciones cada una, una cerveza chica para él y una gaseosa para un viejo que estaba con él. No podía dejar de mirarlo y querer abrazarlo.

Su pelo blanco grisáceo tirado por el viento para atrás, unos lentes de patas gruesas. Una polera blanca que sobresalía de un pullover de varios colores. Un pantalón negro con unas zapatillas deportivas. Sus manos gastadas tomaban con delicadeza de rey las porciones y las comía suavemente, sirviéndose de vez en cuando la gaseosa. A veces relojeaba el televisor, pero estaba lejos. Pensé que venían de laburar, o quizás era el padre del gordo.

Después pedimos otra cerveza y volví a ocuparme de mi mesa.
Y llega ella con sus ojazos y me acuesto adentro de ellos.
El viejo me trae recuerdos.
La vejez se reflejó en mi vida en los pies hinchados y manchados de mi abuela.
En los huevos con pocos pelos de mi abuelo, con su baba colgando de su boca.
Veía su orina con espuma y siempre pensaba que terminaba de coger.
La vejez destruye cuerpos, no hay que darle ventajas.
Como un diluyente corroe la pintura.
La vejez es aburrimiento, decepción, resaca.
Es un mar en el que no te podés bañar.
El tiempo es un niño jugando en un parque.
Los viejos duermen en la calle o en asilos.
Sentados en sus sillas de ruedas mirando el tiempo del que disponen.
Discusiones que no escuchan, su voz que no se oye.
En civilizaciones antiguas los ancianos eran los sabios, acá los enfermos.
Estás muerto en vida, y le estás robando el tiempo a otros.
Gritos de dolor, cagarse encima. Regresión fisiológica.
La fotografía perpetua los momentos muertos de nuestro paso por esta vida.
Nos enseñaron a tener miedo, desde chicos, como corresponde.
Mis manos se hinchan de palabras, quizás debería disculparme con mis padres por no darle lo que ellos esperaban de mí.
No puedo.
Sólo resisto y sobrevivo para levantarme al otro día.
Amo esta ciudad cuando llueve, tengo la panza hinchada con agua.
Me lavo los dientes y la sangre se mezcla con el agua.
Yo quería ser escritor.
Perdura el olor de este perfume. El concierto inolvidable.

“La panza de la negra crecía junto con la desocupación del Polo. Ya era insoportable. Nunca había estado tanto tiempo sin laburar. Se sentía vacío, desplazado, sin nada.
De vez en cuándo se juntaba con Pepe y el Pelado. Pero las cosas no andaban bien con ellos.
Le habían dicho un par de cosas que a él le molestaron.
Pero los llamó y se juntaron en el Bar del travesti, el de la avenida Patria. El Pelado lo pasó a buscar en la camioneta y cayeron, Pepe los esperaba afuera.
Pidieron unos fernet, hablaron del Club como corresponde y a medida que tomaban se iban sincerando.
El Polo les dice que había estado pensando en lo que le dijeron el otro día, y que necesitaba más datos para que le cerrara la historia.
El Pelado le dice que un amigo de él, trabaja en frente de la parrillada donde labura la Negra, que tiene un kiosco, y le dijeron unos empleados de ahí que el chico que espera ella es de un boliviano hincha de Instituto que trabaja en la cocina con ella.
Él flaco se sacó su gorra blanca, se secó una transpiración que no existía, y tomó un trago fuerte.
Cambió de tema, y se rieron de cosas triviales.
A la madrugada el Pelado lo llevó a la casa, no se podía tener parado del alcohol que tenía encima. Esperó a que entrara y se fue con su camioneta, tranquilo aspirando oscuridad.
El Polo entró, la Negra se estaba cambiando, recién llegaba del laburo, estaba en corpiño y bombacha, le brillaba una panza de seis meses, se la frotaba y lo miraba a él.
Diciéndole con los ojos “es tuyo, tócalo, disfrútalo, tu hijo”.
El dentro de su cabeza sólo tenía una imagen, su hijo con la camiseta de Instituto.
Fue hasta donde estaba ella y le metió una patada con todas sus fuerzas a la panza.
Ella cayó llorando, suplicando. Él no paró hasta que vio sangre.
Se tiró en la cama y se quedó dormido. Ella suavemente se levantó, fue al baño, se lavó. Sin hacer ruido se cambió, preparó sus cosas y se fue a un hospital.
El roncaba despertando a fantasmas.
Nunca más supo de ella.

Cuando se levanta al otro día, tenía flashes de lo que había pasado, hacía todo el esfuerzo por no acordarse.

Viviría con eso el resto de su vida, como lo del colectivo.

Había encontrado otro motivo para sentirse mal.

Con el tiempo sabría que el kiosquero le había hecho una joda al Pelado, no pensó que el Pelado se la tomaría en serio.

Pero qué iba a hacer.

Matar al kiosquero.

Ya el tiempo había cicatrizado su culpa.

Nunca más sería padre.

Nunca más sería el mismo”.

Fin.

Yo fui protagonista de esas cinco cajas de vinos, del bar del travesti, de esa cancha mágica y triste.

Yo soy parte de ellos.

Ellos son parte mía.

Una vez fui con el Pelado a un banco a retirar un dinero para el Club, antes de las cajas, hay unas barandas con sogas a la altura de las rodillas para separar a la gente de la cola. A nosotros nos habían mandado de una caja a la de al lado, y nos pusimos atrás de un tipo que le estaban dando plata en una caja.

Cuando el tipo nos ve atrás, se pone nervioso, y le pide al Pelado que se vaya para atrás.

El Pelado lo mira y le dice: “con ese miedo nunca vas a tener a la más linda”.

Resistir.

Perder el miedo.

Sobrevivir.

Hay una cosa que creo que me da más asco, y es la sensación de seguir viviendo.

Y me di cuenta que estamos en este mundo sólo para recuperarnos de nuestras emociones.

Tal vez no pueda cambiar nada, mientras tanto voy a seguir cumpliendo años.

Fin.